

LiterArte

– Cuentos de –
SHAKESPEARE

ROMEO Y JULIETA

**SUEÑO
DE UNA NOCHE
DE VERANO**

LA TEMPESTAD

Hermanos Lamb
Traducción de Marcelo Zapata

OBRAS DE:
**BANZER
WENDEL
GENOVÉS**

 **Planeta**

Lamb, Charles
Cuentos de Shakespeare de los hermanos Lamb / Charles Lamb ; Mary
Lamb. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.
80 p. ; 27 x 19 cm.

ISBN 978-950-49-5935-9

I. Narrativa Infantil Inglesa. I. Lamb, Mary II. Título
CDD 823

ARTISTA A CARGO DE *ROMEO Y JULIETA*

Gisela Bauzer

ARTISTA A CARGO DE

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Germán Wendel

ARTISTA A CARGO DE *LA TEMPESTAD*

Graciela Genoves

TRADUCCIÓN DE LA ADAPTACIÓN

DE LOS HNOS. LAMB

Marcelo Zapala

ARTE DE TAPA Y DISEÑO DE INTERIOR

Guillermo Miguens / Diego F. Martín

TRATAMIENTO DIGITAL DE LA IMAGEN

Guillermo Miguens

CORRECCIÓN

Teodora Scoufalos

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1º edición: agosto de 2017

5.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-5935-9

Impreso en Talleres Trama,

Pasaje Garro 3160, CABA,

en el mes de junio de 2017

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total,
el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o
la transformación de este libro, en cualquier forma
o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,
mediante fotocopias, digitalización u otros métodos,
sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes
11.723 y 25.446 de la República Argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGOS	
MARCELO ZAPATA	06
MARÍA EUGENIA VIDAL	08
ROMEO Y JULIETA	13
SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO	39
LA TEMPESTAD	57

MARCELO

ZA

PA

TA

Hace dos siglos, la mala literatura infantil les producía a los hermanos Charles y Mary Lamb igual irritación que a los más destacados escritores del género a lo largo de los tiempos. Los reproches que le hacían —Charles lo expresó en varias de sus cartas— no eran muy distintos de los que, por ejemplo, María Elena Walsh le formuló en nuestra época, y coincidían en lo básico: la poca estima que demostraban los autores de esos libros mediocres por el lector de pocos años, cuya fantasía e inteligencia, sostenían, se estimulaba tan pobremente con tales relatos insustanciales y de escaso valor.

Fue así que ambos, por caminos separados o en forma conjunta, se dedicaron a cultivar esta especialidad en diferentes momentos de sus vidas (un libro en colaboración de poemas para niños, *Poetry for children*, agotó rápidamente la edición), hasta que acometieron la tarea más audaz y la que, sin sospecharlo siquiera en sus días, les daría una fama imperecedera: adaptar la obra shakespeariana a la forma de cuentos para chicos, mediando de ese modo entre la gran tradición clásica y una generación de lectores que nunca se había asomado a ella. Charles, en tal sentido, era un especialista. También a él se le deben versiones de Plutarco o de Homero para los más jóvenes. Los *Tales from Shakespeare* se publicaron en 1807 y, desde entonces, no han dejado de reeditarse y traducirse a las más distintas lenguas. No es posible, sin embargo, comprender la gestación de estos cuentos sin asomarse, aun someramente, a la vida de los Lamb, que transcurrió bajo el influjo de una atroz tragedia familiar.

Charles Lamb (1775-1834), fue el menor de los tres hijos de John y Elizabeth Lamb, una familia londinense de origen galés y bajos recursos que en mucho se asemejaba a las que, pocos años más tarde, describiría Charles Dickens en sus célebres novelas. El padre, dependiente en el estudio de un abogado de renombre, sufrió un precoz accidente cerebral; el hermano mayor, también llamado John, se empleó a temprana edad y se alejó de la casa natal, con la que luego sólo mantuvo contactos esporádicos; y así, su hermana Mary, que era la del medio y le llevaba unos diez años, no tardó en convertirse en su ser más querido y, casi, en el objeto de su devoción. Se cree que fue ella quien le enseñó las primeras letras y le infundió el amor a los libros. Gracias a una beca, el pequeño Charles ingresó en la escuela Christ's Hospital, donde aprendió humanidades, latín y griego, aunque también

allí vivió sometido a una disciplina tan feroz como la que soportó el *Oliver Twist* de Dickens. Hombre de letras, hijo en partes iguales del neoclasicismo del XVIII y el romanticismo del XIX, Lamb gozó de la amistad de poetas como Samuel Taylor Coleridge y de William Wordsworth, y fue a la par amigo y discípulo del ensayista y crítico William Hazlitt, quien influyó considerablemente en su vasta obra posterior que comprendió, además de la literatura infantil, la poesía, la crítica literaria, el teatro y el ensayo. En este último género descolló ante sus contemporáneos con dos títulos: *Ensayos de Elia* (1823) y *Últimos ensayos de Elia* (1833). Las crónicas penurias económicas no le permitieron dedicarse íntegramente a la literatura y escaparle a su puesto burocrático en la East India House, que debió mantener a su pesar durante casi toda su existencia (murió a los 59 años, mientras que Mary lo sobrevivió otros 13). Pero su vida conoció penurias mucho más graves. Jorge Luis Borges, en su prólogo a la versión de María de Grant y Eduardo Paz Leston de los *Cuentos basados en el teatro de Shakespeare*, publicada por la editorial Atlántida hace 50 años, al referirse a Charles Lamb dijo que “su destino fue triste. Vivió bajo la sombra de la locura a la que sucumbió alguna vez, pero guardó hasta el fin, según la valerosa frase de Stevenson, la facultad de sonreír”. Y esa voluntad debió ser titánica. La demencia hereditaria que signó a su familia, especialmente a Mary, lo llevó transitoriamente a un hospicio cuando sólo tenía 21 años: “Estas seis semanas que terminaron el año pasado y continuaron a comienzos de éste [1796]”, le escribió a Coleridge en una carta, “tu humilde servidor las pasó agradablemente en un asilo de lunáticos, el de Hoxton”. Al abandonar Hoxton, atravesó el hecho más traumático de su vida: su hermana, en un violento rapto de demencia, apuñaló a su madre en el corazón y le produjo la muerte. Juzgada insana en los tribunales, Mary no fue condenada por su crimen sino recluida en otro hospicio. Tiempo más tarde, ya de regreso en el hogar, no recordaría nada del hecho. Charles, como se dijo antes, adoraba a Mary, y — como también escribió Borges — “consagró su vida a cuidarla”. Es en este marco donde ambos buscan, con más intensidad que antes, refugio en las letras, y cuando el carácter de Charles adquiere su definitivo perfil melancólico e introvertido. La tarea de adaptar las obras de Shakespeare para niños iba a quedar, en un principio, únicamente en manos de Mary, aunque más tarde su hermano decidió colaborar con ella. Según testimonio brindado por Lamb en otra de sus cartas a Coleridge, él se encargó de *Rey Lear*, *Macbeth*, *Timon de Atenas*, *Romeo y Julieta*, *Hamlet* y *Othello*, además de “algunas correcciones gramaticales, pero nada de cortes sino de ortografía” del resto de la obra, responsabilidad de Mary.

En esta selección de tres cuentos, el lector encontrará entonces uno adaptado por Charles (*Romeo y Julieta*) y dos por Mary (*La tempestad* y *Sueño de una noche de verano*). Nuestra versión al español, ilustrada por los artistas plásticos Gisela Banzer, Graciela Genovés y Germán Wendel, sigue lo más fielmente posible el original inglés, aunque se ha optado en unos pocos pasajes por flexibilizar una sintaxis antigua, abundante en subordinadas, por formas dialogadas que hacen más ágil y placentera la lectura. Nobleza obliga: la única licencia que nos permitimos fue reponer, en *La tempestad*, la memorable frase que Shakespeare pone en labios de Próspero, “estamos hechos de la materia de los sueños” (“*We are such staff as dreams are made on*”), y que Mary Lamb no incluyó en su adaptación.

**MARÍA
EUGENIA
VI
DAL**

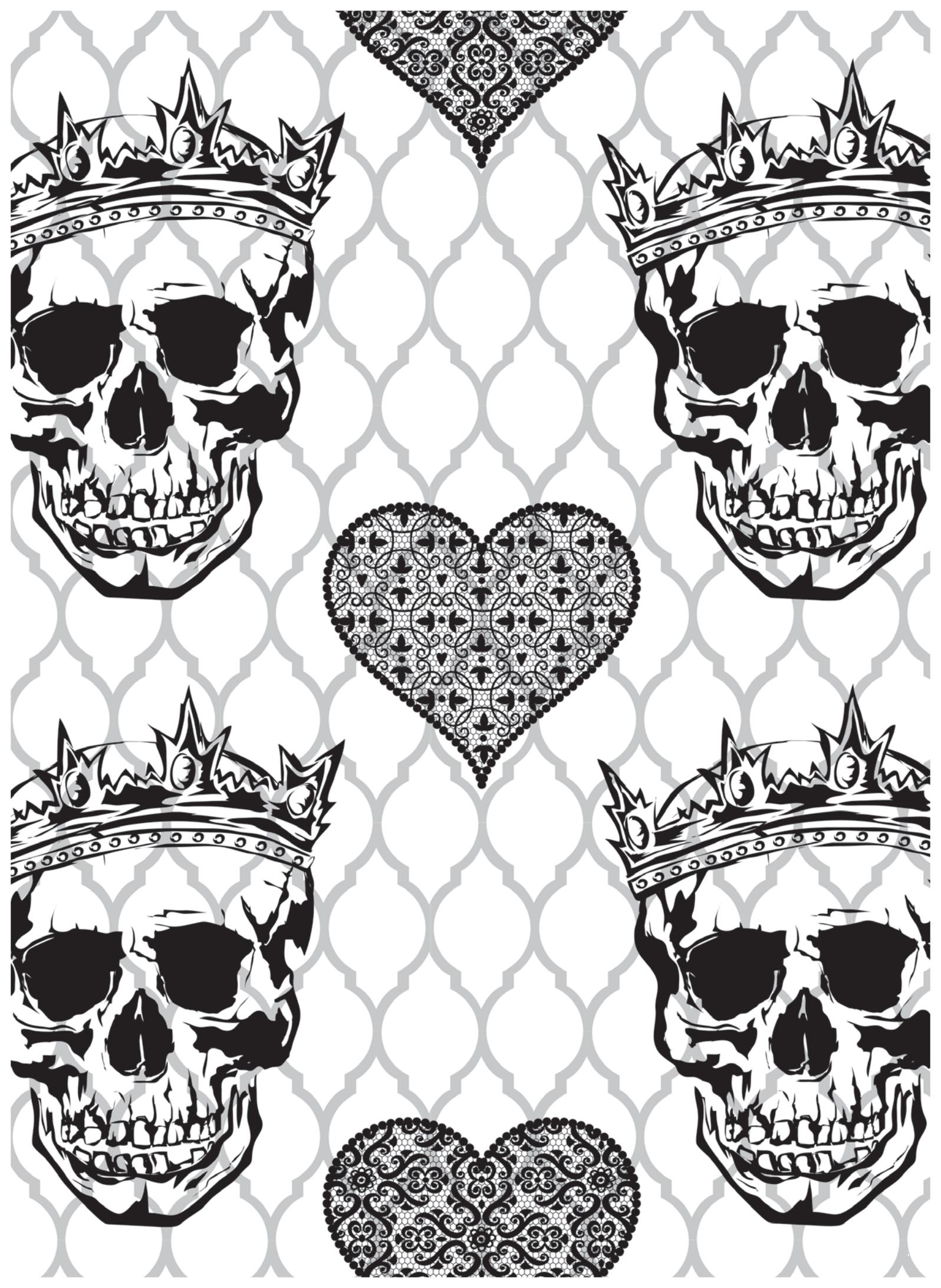
Los clásicos de la literatura universal son una oportunidad para viajar no sólo a otras realidades sino a otros tiempos.

A través de “Literarte” queremos invitar a todos los jóvenes a vivir intensamente una nueva experiencia y a sumergirse en ese mundo que cada artista construye a partir de su mirada.

Ese es el valor de la lectura: encontrarnos, reflexionar y, sobre todo, sentir la pasión de historias que han atravesado el tiempo y de las que seguimos aprendiendo.

Esperamos que el hábito de leer siga creciendo en las nuevas generaciones y también, permitiendo el acceso a estos maestros, que cada vez más escritores se animen a compartir su talento a través de su trabajo.

Gobernadora de la Provincia de Buenos Aires







ROMEO Y JULIETA

Los Capuleto y los Montesco eran las dos familias más ricas y prominentes de Verona. Entre ambas existía una antigua y feroz enemistad que, con el paso del tiempo, había ido creciendo a un punto tal que ya alcanzaba al más lejano de los parientes, amigos y partidarios de cada casa. Ni siquiera un sirviente de los Montesco podía pasar accidentalmente junto a uno de los Capuleto, o uno de los Capuleto junto a uno de los Montesco, sin que se produjeran violentos cruces de palabras y, a veces, hasta hechos de sangre que perturbaban las pacíficas calles de Verona.

Una noche, el señor Capuleto ofreció una gran fiesta a la que había invitado a las más distinguidas damas y a los más nobles caballeros de la ciudad. Allí estarían las mujeres más bellas de Verona, y todos cuantos se acercaran recibirían

una cálida bienvenida, siempre y cuando no pertenecieran al bando de los Montesco. También a esa fiesta concurriría la coqueta Rosalinda, la amada de Romeo, hijo del señor Montesco. Por supuesto, como era peligroso que un Montesco fuera visto en esa casa, Benvolio, amigo de Romeo, lo convenció de que acudiera oculto tras una máscara, de modo que pudiera ver a Rosalinda y la comparara con el resto de las beldades de Verona.

—Cuando conozcas a las otras —le aseguraba Benvolio— te convencerás de que tu cisne no es más que un cuervo.

Romeo no le daba mayor crédito a las palabras de su amigo; sin embargo, por amor a Rosalinda, decidió ir. Romeo era un amante honesto y apasionado, de aquellos que pierden el sueño por amor y que rehuyen de toda compañía para pensar sólo en su amada; sin embargo, el corazón de Rosalinda no sentía del mismo modo, y rara vez mostraba signos de afecto o de simple cortesía hacia él. En consecuencia, Benvolio se había propuesto curar a su amigo de ese amor, y para eso nada mejor, pensaba, como que fuera testigo de la diversidad y belleza de las otras jóvenes.

Así, tras ponerse de acuerdo, esa noche Romeo, Benvolio y un amigo de ambos, Mercucio, concurren enmascarados a la fiesta de la familia rival. El señor Capuleto les dio la bienvenida y les dijo, en tono de broma, que antes de sacar a bailar a una muchacha se aseguraran de que su calzado no le oprimiera demasiado los pies. El jefe de la casa se encontraba de excelente humor y les contó que también él, de joven, usaba máscaras en los bailes, porque lo ayudaban a susurrarles cosas al oído a las muchachas.

No había pasado mucho tiempo del comienzo del baile cuando Romeo descubrió a una joven cuya arrobadora belleza lo perturbó profundamente. Casi en voz alta, se dijo que el resplandor que emanaba de ella podría enseñar a los astros a brillar con mejor luz, y que en lo oscuro de la noche su blanca hermosura se asemejaba a un aro de madreperla en el lóbulo de la oreja de un moro. Una belleza

demasiado pura para tratarse de una mortal. Una paloma que volaba entre cuervos, tan perfecta que ensombrecía al resto de las jóvenes que bailaban a su lado.

Tales alabanzas, dichas por él en voz cada vez más alta, llegaron al oído de Teobaldo, sobrino del señor Capuleto, quien inmediatamente reconoció a Romeo.

Teobaldo era un joven iracundo, incapaz de soportar que un Montesco, oculto tras una máscara, viniera a burlarse —según supuso— de la fiesta de su familia. De modo que, ganado por una súbita cólera y echando juramentos, se abalanzó sobre Romeo, dispuesto a matarlo allí mismo. Pero su tío, el señor Capuleto, se interpuso velozmente para detenerlo e impedir que le hiciera daño. En primer lugar, por respeto a sus invitados, y además porque Romeo, cuya reputación en Verona era la de un joven virtuoso y prudente, se había comportado como un auténtico caballero. Obligado, contra su propia voluntad, a sofocar la ira, Teobaldo se llamó a silencio, pero juró por dentro que no faltaría ocasión para cobrarle su atrevimiento a aquel despreciable Montesco.

Al término del baile, Romeo volvió su mirada al lugar donde estaba la joven y, con la ventaja que le daba estar enmascarado, pues así se sentía un poco más libre, se acercó a ella y le tomó la mano con extrema delicadeza.

—Tocar este relicario —le dijo— quizá sea profanarlo. Pero, como respetuoso peregrino, si para reparar mi falta es necesario besarlo, así lo haré.

—Buen peregrino —respondió la joven—, tu devoción revela una elegancia y una cortesía excesivas. Los peregrinos pueden tocar las manos de los santos, pero no besarlas.

—¿Acaso los santos no tienen labios, al igual que los peregrinos? —respondió Romeo.

—Sí —dijo la muchacha—. Pero esos labios deben emplearse para orar.

—Entonces, mi adorada santa —siguió Romeo—, escucha mi plegaria, ya que si no lo haces me provocarás un gran sufrimiento.

El llamado de la madre de la joven puso fin a tales galanterías. Romeo se puso a investigar, después de que ella se marchara, quién era esa adorable criatura cuya hermosura tanto lo había flechado, y descubrió que no era otra que Julieta, hija y heredera del señor Capuleto, el mayor enemigo de los Montesco. Así supo entonces que su corazón había quedado atado a la casa rival, una revelación extremadamente peligrosa, aunque no lo suficiente como para disuadirlo de seguir amándola. Igual desazón sintió Julieta al saber que aquel caballero con el que había estado hablando era Romeo, un Montesco, porque también en ella se había encendido la misma y repentina pasión. El prodigioso nacimiento del amor la arrojaba en brazos de su enemigo, un amor que desplazaba al odio al que la obligaba el mandato familiar.

Romeo y sus amigos se fueron a la medianoche, pero Benvolio y Mercucio no tardaron en advertir su ausencia. Incapaz de alejarse del lugar donde había dejado su corazón, Romeo había saltado sobre un muro que daba al jardín trasero de la casa. Llevaba poco tiempo allí, pensando en su amada, cuando Julieta se asomó al balcón: su belleza celestial parecía refulgir como la luz del sol en el Oriente. Romeo creyó que la luna, que alumbraba débilmente el jardín, empalidecía aun más junto a ese nuevo sol. Julieta apoyó una mejilla sobre su mano y Romeo deseó, con intensidad, convertirse en el guante que cubriera aquella mano, para poder tocar tan delicada mejilla. Julieta, creyéndose sola, dejó escapar un suspiro profundo y exclamó:

— ¡Ay de mí!

Embelesado al oírla, Romeo murmuró, sin que ella lo oyera:

— ¡Oh, vuelve a hablar, ángel mío!, porque eso es lo que eres: un mensajero alado que baja del cielo, y a quien los mortales no pueden mirar a la cara sin encandilarse.

Julieta, sin saber que su amado la escuchaba, e inflamada por esa nueva pasión que había nacido en su corazón, lo llamó por su nombre:

—¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Dónde estás? Reniega de tu padre y de tu nombre, Romeo, por amor a mí, y si no quieres hacerlo, júrame que me amarás por siempre y yo dejaré de ser una Capuleto.

Romeo se sintió impulsado a responderle pero prefirió mantenerse en silencio, ya que deseaba oírla más. Julieta prosiguió con su apasionado soliloquio:

—¿Por qué, Romeo, eres Romeo? ¿Por qué eres Montesco? Quisiera para ti otro nombre, desearía que no llevaras ese odiado nombre. ¿Acaso un nombre forma parte de la carne, de la sangre de una persona? Si tú, Romeo, no fueras Romeo, podrías poseerme con entera libertad.

Llegado a ese punto él no pudo contenerse, y le respondió como si hubieran estado dialogando:

—Llámame entonces Amor —dijo—, o usa el nombre que prefieras, ya que yo no seré más Romeo si ese nombre te desagrada.

Julieta se sobresaltó al oír la voz de un hombre en el jardín y no supo, al principio, quién era el extraño que había descubierto su secreto, amparado por la noche y la oscuridad; sin embargo, cuando Romeo siguió hablando, y pese a que sus oídos no se habían embriagado aún ni con cien palabras salidas de sus labios (porque tal es el efecto de una voz para los enamorados), reconoció de inmediato al joven Montesco, a quien advirtió sobre el peligro al que se exponía al haber trepado el muro del jardín.

—Si alguno de mis familiares te encontrara aquí —le dijo—, te daría muerte en el acto.

—¡Ay...! —exclamó Romeo—, más vulnerable soy a tus ojos que a veinte de sus espadas. Bastaría tan solo una mirada tuya para que las amenazas de tus parientes nada signifiquen. Prefiero mil veces que su odio termine con mi vida a arrastrar una existencia miserable sin tu amor.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó ella—. ¿Desde dónde?





—Fue el amor quien me guió —respondió Romeo—. No soy timonel, pero si te hallaras lejos de mí, en la más remota costa del más lejano de los mares, hasta allí me aventuraría por tesoro semejante.

Aunque en la oscuridad él no pudiera advertirlo, una ola de rubor tiñó las mejillas de Julieta cuando comprendió que, involuntariamente, había desnudado su corazón ante Romeo. Deseó ella, en ese momento, no haber pronunciado palabra, pero eso ya era imposible; también deseó haber guardado las formas y mantener a cierta distancia a su enamorado, como hacen las mujeres prudentes, que fingen indiferencia o desdén, o responden con una falsa negativa a los primeros requiebros para que ellos no las consideren una presa fácil, ya que la intensidad de la conquista amorosa refuerza el valor del triunfo. Sin embargo, en su caso, no había lugar para tales negativas, rechazos, o cualquiera de las acostumbradas formas de postergación que constituyen el arte del cortejo.

Romeo había escuchado de sus propios labios, cuando ella ni imaginaba que él estuviera tan cerca, la confesión de su amor. Y así, con esa franqueza absoluta que lo novedoso de la situación disculpaba, Julieta le confirmó la veracidad de lo que había oído, y llamándolo “Mi bello Montesco” (el amor puede endulzar hasta un nombre amargo), le suplicó:

—No me consideres fácil ni indigna por haber cedido al amor sin resistencia. La culpa la tuvo, si es que hay alguna culpa, la oscuridad de la noche, que me llevó a expresar con libertad mis pensamientos. Y si mi conducta ante ti no fue lo suficientemente prudente, según se espera de mis congéneres, ten por seguro que te seré más fiel que muchas cuya prudencia no es más que estrategia, o que su modestia no es más que astucia.

Romeo iba a poner al cielo de testigo de que nada podía existir tan alejado de su pensamiento como suponer una sombra de deshonestidad en su conducta, cuando ella lo interrumpió para rogarle que no hiciera juramento alguno.



—Aunque tú eres toda mi felicidad —le dijo—, no puedo alegrarme por lo que ha ocurrido: fue demasiado imprevisto, demasiado temerario, demasiado súbito.

Romeo, sin embargo, ansiaba intercambiar con ella, esa misma noche, un voto de amor.

—Ya te he dado el mío antes de que me lo pidieras —respondió Julieta—. Has oído mi confesión. Pero ahora me retracto de ella sólo por el placer que me dará volver a darte ese voto. Mi entrega es tan infinita como el mar, y mi amor más profundo.

Aquel intercambio amoroso fue interrumpido por la nodriza de Julieta, quien dormía con ella, y que la llamaba para que fuera a acostarse, ya que no faltaba mucho para el amanecer. Ella entró en su alcoba pero regresó de inmediato para dirigirle a Romeo tres o cuatro palabras más.

—Si tus intenciones son honestas —le dijo—, y si tu propósito es el matrimonio, te enviaré mañana un mensajero para establecer la fecha de nuestra unión. Pondré a tu disposición toda mi fortuna, y te seguiré como mi señor hasta los confines del mundo.

La nodriza volvió a llamarla una vez más, pero Julieta entraba y salía repetidamente, pues parecía celosa de que Romeo se alejara de ella, tal como esas muchachas que dejan volar por un instante a su pajarito, pero lo mantienen atado a sus manos por un hilo de seda. Romeo también se sentía desdichado al alejarse de ella, ya que la música más dulce para los amantes es la de sus propias voces por la noche. Finalmente se despidieron, deseándose mutuamente un plácido descanso y bellos sueños.

La mañana ya se dibujaba en el cielo. Romeo, cuyos pensamientos en Julieta y en el bienaven-



turado encuentro de esa noche le impedirían conciliar el sueño, en lugar de ir a su casa desvió el camino para dirigirse a un monasterio cercano, donde vería al padre Lorenzo. El buen fraile ya se había levantado para cumplir con sus oraciones pero, al ver a Romeo tan temprano en la mañana, supuso certeramente que aún no se había acostado, y que algún arrebato de pasión juvenil lo mantenía despierto. Tampoco se equivocó al atribuir esa vigilia a su debilidad hacia el amor, aunque sí cuando presumió que el objeto de su desvelo era Rosalinda.

Cuando Romeo le reveló su nueva pasión por Julieta, y le pidió que los casara ese mismo día, el santo hombre alzó hacia el cielo los ojos y los brazos en un gesto de sorpresa. No podía creer en un cambio tan repentino: hasta ayer, no lo oía más que lamentarse por Rosalinda, y por lo miserable que se sentía a causa de su desdén.

—El amor de los jóvenes —dijo—, no reside en el fondo de sus corazones sino en sus ojos.

—Pero fue usted mismo, padre Lorenzo —respondió Romeo—, quien tantas veces me regañó por mi obstinación con Rosalinda. Usted mismo me dijo que ella jamás me amaría, mientras que Julieta me ama con el mismo amor que siento yo por ella.

El padre Lorenzo aceptó a medias aquellas razones, y a la vez pensó que la alianza matrimonial entre Julieta y Romeo quizá sirviera para restaurar la paz entre los Capuleto y los Montesco, enemistad que nadie lamentaba tanto como él, que era amigo de ambas familias y que muchas veces había mediado, en vano, para que tal hostilidad desapareciera. De modo que, un poco por política, y otro poco por su



afecto hacia Romeo, a quien nunca le negaba nada, el viejo fraile aceptó unirlos en matrimonio.

La felicidad de Romeo era ahora inmensa. Julieta, tal como se lo prometió, le había enviado un mensajero, por quien luego supo ella lo que él había convenido en el convento. Nada tardó Julieta, en consecuencia, en llegarse hasta la celda del padre Lorenzo, quien unió las manos de ambos jóvenes en sagrado matrimonio. El fraile elevó sus plegarias al cielo para que aquella unión entre un Capuleto y un Montesco sepultara finalmente en el olvido la antigua rivalidad de sus familias.

Una vez terminada la ceremonia, Julieta corrió a su casa y se puso a esperar con impaciencia la caída de la noche, porque Romeo le había prometido que regresaría al jardín y volverían a encontrarse como lo habían hecho la noche anterior. Las horas que faltaban se le hacían tan tediosas como a aquellas muchachas que esperan esa gran fiesta en la que lucirán sus nuevos atuendos.

Ese mismo día, hacia el mediodía, los amigos de Romeo, Benvolio y Mercucio, paseaban por Verona cuando acertaron a cruzarse con un grupo de integrantes de la familia Capuleto, capitaneado por el impetuoso Teobaldo. Era éste el mismo que había enfrentado a Romeo en la casa de los Capuleto. Cuando vio a Mercucio, lo acusó de mala manera de haberse asociado a Romeo, un Montesco. Mercucio, en cuyas venas corría la misma sangre caliente que la de Teobaldo, respondió sarcásticamente a la acusación, y a pesar de los esfuerzos de Benvolio por aplacar su ira, se inició una pelea. Romeo pasaba por allí en ese momento, y Teobaldo, al verlo, olvidó a Mercucio y se dirigió a su enemigo llamándolo, a voz en cuello, “villano”. Teobaldo era el último hombre en la tierra con el que habría querido pelear Romeo, ya que era familiar de su amada Julieta. El joven Montesco, por naturaleza prudente y bondadoso, nunca antes había intervenido en las disputas de su familia, y además ahora el nombre Capuleto representaba para él un bálsamo contra el odio antes que un acicate para la cólera.



De modo que trató de razonar con Teobaldo, a quien llamó amablemente “buen Capuleto”, tal como si experimentara, pese a ser él un Montesco, cierto placer secreto al pronunciar el nombre del enemigo. Pero Teobaldo, que odiaba a los Montesco como se odia al infierno, no sólo se negó a escucharlo sino que desenvainó en el acto su espada. Mercucio, que ignoraba el motivo por el cual Romeo buscaba la paz con Teobaldo, creyó ver en su actitud pacífica un signo de ignominiosa sumisión, y con palabras llenas de odio incitó a Teobaldo a que terminara la pelea con él. Romeo y Benvolio intentaron infructuosamente separarlos, y Mercucio recibió una herida mortal de la espada de Teobaldo. Al ver a su amigo muerto, Romeo ya no pudo mantener la calma y le devolvió a Teobaldo la misma acusación de “villano” que él le había dirigido antes. Se pusieron, pues, a combatir, y Romeo hundió su espada en el pecho de Teobaldo.

El duelo había ocurrido en el centro de Verona, a plena luz del día, de modo que las noticias no tardaron en esparcirse por toda la ciudad y en llegar a oídos de los jefes de familia Capuleto y Montesco, y de sus respectivas esposas. También supo de ellas el Príncipe, familiar de Mercucio, a quien Teobaldo había dado muerte. Harto ya de que la paz de su gobierno se viera amenazada por los constantes enfrentamientos entre Capuletos y Montescos, el Príncipe decidió hacer cumplir estrictamente la ley y castigar a los culpables. Benvolio, testigo de la pelea, fue convocado al palacio para que expusiera ante el Príncipe los pormenores del fatal lance. Y así lo hizo, manteniéndose lo más cercano posible a la verdad pero sin comprometer a Romeo, a quien justificó y le suavizó su papel en los hechos.

La señora Capuleto, cuyo dolor por la pérdida de Teobaldo le hizo perder la compostura y avivó su deseo de venganza, exhortó al Príncipe a ejercer estricta justicia con el asesino y no escuchar el testimonio de Benvolio quien, como amigo de Romeo y también él un Montesco, no podía ser más que parcial. Así, acusó directamente a quien ahora era, sin que ella lo supiera, su flamante yerno y el esposo de Julieta.



Por la otra parte, la señora Montesco rogaba por la vida de su hijo y argumentaba, con cierta lógica, que Romeo no había hecho nada de punible al matar a Teobaldo, ya que éste había violado antes la ley cuando asesinó a Mercucio. El Príncipe, inmovible ante los encendidos discursos de las mujeres de ambos bandos, examinó cuidadosamente los hechos y resolvió dictar sentencia: Romeo sería desterrado de Verona. Terribles noticias para Julieta, quien había sido su esposa por escasas horas, y que ahora enfrentaba un decreto que la divorciaría de su amado para siempre.

Al enterarse de lo ocurrido, ella sintió en un primer momento una incontenible furia hacia Romeo por haber matado a su querido primo: lo llamó, entre otros epítetos contradictorios, un hermoso ángel de la muerte, un enemigo celestial, una paloma venenosa, un lobo con piel de cordero, un rostro puro con corazón de serpiente, lo que revelaba el conflicto que se debatía internamente entre su amor y su rencor, pero al cabo el amor se impuso, y las lágrimas de dolor que derramó porque Romeo hubiera matado a su primo se transformaron en lágrimas de felicidad porque Teobaldo no hubiese matado a su esposo. Y luego brotaron otras lágrimas, también de dolor, pero esta vez por el destierro de Romeo.

Más fatídica era esa palabra, destierro, que la muerte de varios Teobaldos.

Romeo, después del duelo, se había refugiado en la celda del padre Lorenzo. Allí supo de la sentencia del Príncipe, que le pareció más terrible que la muerte. Para él, no había vida posible fuera de los límites de Verona, lejos de Julieta. El paraíso estaba donde viviera Julieta, y más allá de ella no había más que purgatorio, tortura, infierno. El buen fraile trató de consolarlo mediante la filosofía, pero el desesperado Romeo era incapaz de oír nada; como un lunático, se tiraba de los cabellos y se revolcaba por el suelo, como si midiera, tal como dijo, el tamaño de su sepultu-



ra. La llegada de un mensaje de su amada consiguió reconfortarlo por un momento, lo que aprovechó el padre Lorenzo para recriminarle la debilidad en la que había caído.

—Has matado a Teobaldo —dijo—. ¿Qué te propones ahora? ¿Suicidarte? ¿Matar también a tu esposa, que sólo vive para ti? La noble sustancia del hombre no es más que cera cuando falta el coraje que la mantenga firme. La ley ha sido benévola contigo: mataste a un hombre, y el Príncipe, en lugar de condenarte a muerte, lo ha hecho al destierro. Has matado a Teobaldo, pero Teobaldo pudo haberte matado a ti. Encuentra en eso algo de consuelo. Julieta vive y, más allá de toda esperanza, se ha convertido en tu esposa. Eso debería hacerte feliz.

Pero ninguno de esos razonamientos fue tenido en cuenta por Romeo, que los desoía como una muchacha caprichosa.

—Debes tener cuidado —agregó el padre Lorenzo—. Los desesperados siempre encuentran muertes miserables.

Cuando lo halló más calmo, el fraile le aconsejó que esa misma noche fuera a despedirse secretamente de Julieta, y que luego se marchara a Mantua, donde debería permanecer hasta que él, el padre Lorenzo, encontrara la ocasión propicia para comunicar públicamente su matrimonio, lo que quizá contribuyera a unir a ambas familias; si eso ocurriera, le dijo, con seguridad el Príncipe le concedería el perdón y podría regresar a Verona veinte veces más feliz que al irse. Estos sabios consejos convencieron a Romeo. Fue entonces que decidió ir a despedirse de Julieta, con quien se proponía pasar la noche, y al amanecer emprender el solitario viaje a Mantua, adonde el buen cura le había prometido hacerle llegar la correspondencia para que estuviera al tanto de lo que ocurría en Verona.

Así pues, Romeo pasó la noche con su amada esposa, trepando furtivamente a su alcoba desde el jardín donde había escuchado, apenas un día antes, su confesión de amor. Aquella fue una noche de gozo y éxtasis, pero la



perspectiva del exilio y el horrible recuerdo de lo acontecido durante la mañana ensombrecieron, tristemente, los placeres a los que se entregaron los amantes. El indeseable amanecer llegó demasiado rápido, y cuando Julieta oyó el canto matutino de la alondra trató de convencerse de que se trataba del ruiseñor, que canta por la noche. Sin embargo, era la alondra, cuyas notas, por primera vez en su vida, le sonaron discordantes y funestas.

Los primeros rayos del sol en el Oriente les indicaron que había llegado la hora de la despedida. Romeo abrazó fuertemente a Julieta, prometiéndole que le escribiría a cada hora desde Mantua. Cuando ella lo vio descender por el balcón y saludarla desde abajo, el desaliento ya se había apoderado de su espíritu: le pareció verlo muerto, en el fondo de una tumba. El ánimo de Romeo no era mucho mejor, pero sabía que era necesario que abandonara a toda prisa la ciudad, ya que si lo hallaban durante el día dentro de los muros de Verona lo llevarían al cadalso.

Pero la tragedia de los desdichados amantes no estaba más que en sus comienzos. Pocos días después de la partida de Romeo, el señor Capuleto llamó a Julieta y le propuso un candidato. El marido que había elegido para ella, sin saber que su hija ya estaba casada, era el conde Paris, un joven y noble caballero que nada tendría de indigno si Julieta no hubiese conocido antes a Romeo. Ante la propuesta de su padre, la aterrorizada joven no supo qué responder. Pretextó en primer lugar su edad, que le impedía aún el matrimonio; luego dijo que la reciente muerte de Teobaldo le había provocado tal pesadumbre que no podía pensar en contraer enlace con un mínimo de alegría, y que celebrar una boda a tan poco tiempo, cuando aún resonaban las honras fúnebres por su primo, sería indecoroso para la familia Capuleto. Recurrió, pues, a todas las excusas imaginables salvo a la auténtica: que ya estaba casada.

Sin embargo, el señor Capuleto hizo oídos sordos y le ordenó, de manera perentoria, que se fuera preparando, porque el jueves siguiente se casaría con Paris.

—Te he encontrado un marido rico, joven y noble —le dijo su padre—, a quien ni la más orgullosa muchacha de Verona dudaría en aceptar. De modo que no puedo entender que a tu buena fortuna opongas tantos obstáculos, nacidos de tus melindres y caprichos.

Desolada, Julieta acudió entonces a su único consejero en los momentos de angustia, el padre Lorenzo. El fraile, al encontrarla en ese estado, le preguntó:

—¿Estarías dispuesta a recurrir a una solución extrema para remediar la situación?

—Preferiría ser enterrada viva antes que casarme con Paris —respondió Julieta—, estando mi esposo con vida y fuera de la ciudad.

—Regresa entonces a tu hogar, muéstrate feliz, y acepta el matrimonio con Paris según los deseos de tu padre —dijo el padre Lorenzo, y entregándole un pequeño frasco, continuó—. Mañana por la noche, un día antes de la boda, beberás el contenido de este frasco. Es un brebaje que enfriará tu cuerpo y lo hará parecer exánime durante cuarenta y dos horas. Cuando Paris, a la mañana, venga por ti, te creará muerta. Te llevarán en el féretro con el rostro descubierta, según es tradición en la ciudad, y te depositarán en la bóveda de tu familia. Si superas el terror que puede ocasionarte esta prueba extrema, al cabo de las cuarenta y dos horas de haber bebido el líquido (su efecto es infalible) despertarás como de un sueño. Pero antes de que lo hagas me aseguraré de informar de todos estos hechos a Romeo, para que él regrese por la noche a Verona y te lleve consigo a Mantua.

El amor, y el espanto que le producía casarse con Paris, le dieron a Julieta la valentía necesaria para enfrentar el horrible desafío. Guardó entre sus ropas el frasco que le había dado el padre Lorenzo, y le aseguró que seguiría sus instrucciones. Al salir del convento se cruzó con el conde Paris, y con fingida modestia le prometió que sería su esposa. Sus padres recibieron con júbilo aquellas noticias, y

el señor Capuleto hasta pareció rejuvenecer. Su hija, que le había producido un gran disgusto al rechazar su propuesta, volvía a ser su dócil y amada heredera.

La proximidad de la boda alborotó el ritmo de la casa. El señor Capuleto no reparó en gastos para hacer de esa ceremonia la fiesta más fastuosa que hubiese visto nunca Verona. El miércoles por la noche, Julieta bebió el brebaje del padre Lorenzo, aunque no sin aprensiones: temía que el fraile, para evitar que lo acusaran por haberla casado con Romeo, le hubiese dado veneno; sin embargo, eso no era posible: todos sabían que él era un hombre santo. Otro de sus temores era despertar antes de que Romeo llegara, y encontrarse sola en el interior de la bóveda familiar, rodeada por los huesos de los Capuleto, junto al cadáver aún fresco de Teobaldo junto a ella. Recordó, también, los cientos de historias de aparecidos que merodean los sepulcros. Pero en el último instante, su profundo amor por Romeo y la aversión por Paris le hicieron apurar el brebaje, y de inmediato sintió desvanecerse.

Temprano en la mañana, el conde Paris apareció acompañado por algunos músicos para despertar a Julieta, pero en lugar de hallarla con vida la alcoba le mostró la tétrica imagen de un cadáver. ¡Qué golpe mortal para sus esperanzas! ¡Qué desolación se apoderó de toda la casa! El noble Paris acusó a la rigurosa muerte de haberlo separado para siempre de su prometida, antes de que sus manos llegaran a entrelazarse. Pero mucho más desgarradores eran los gritos de dolor del señor y la señora Capuleto, que lloraban la pérdida de su única hija y consuelo de su vejez, arrebatada por la muerte el mismo día en que ella, según ellos pensaban, habría de celebrar un matrimonio lleno de dichas y promesas.

Todo lo que había sido ordenado para la boda fue retirado de la casa para preparar el funeral. El banquete sería servido ahora como amargo refrigerio para los dolientes, los himnos nupciales dejarían paso a los cantos fúnebres, los instrumentos de fanfarria serían reemplazados por melancólicas campanas, y las flores que arrojarían al paso de la novia ornarían ahora su mortaja. En lugar de un sacer-



dote que la bendijera en el altar haría falta otro que la acompañara a la tumba, y su paso por la iglesia no sería la promesa de aumentar más vidas sino el triste número de los difuntos.

Las malas noticias, siempre más veloces que las buenas, llevaron la trágica historia de Julieta a oídos de Romeo, en Mantua, unas horas antes de que el mensajero enviado por el padre Lorenzo llegara hasta allí para informarle que todo era mentira, que su esposa no había muerto sino que fingía estarlo, y que permanecería en la bóveda por cuarenta y dos horas, esperando que él fuera a rescatarla de esa lóbrega morada.

Antes de que acontecieran estos infaustos sucesos, Romeo se encontraba inusualmente alegre y animado. Por la noche había soñado que había muerto (uno de esos extraños sueños en los que los muertos reflexionan), que Julieta llegaba junto a él y que, al encontrarlo sin vida, se la infundía mediante dulces besos sobre los labios. Entonces revivía, y se convertía en un emperador. De ese modo, cuando vio aparecer al mensajero de Verona, pensó que seguramente le confirmaría las buenas noticias que su sueño presagiaba. Sin embargo, cuando supo que lo que había ocurrido era todo lo contrario, que su esposa había muerto de verdad, y que él no podría revivirla con sus besos, ordenó que le prepararan los caballos. Iría esa misma noche a Verona, y visitaría a Julieta en su tumba.

Y, como los hombres desesperados suelen tomar las peores decisiones, recordó de pronto a un boticario de Mantua junto a cuyo miserable negocio había pasado hacía poco. Aquel hombre era tan pobre, famélico e indigente, y los estantes de su botica se veían tan poco provistos de medicamentos, tan desordenados, que Romeo pensó entonces (quizá inspirado por las



desgracias de su propia vida, y el ominoso final que a veces imaginaba para ella): “Si alguien necesitara veneno, que la ley de Mantua prohíbe terminantemente vender, con pena de muerte a quien lo hiciera, este mísero boticario sería la persona indicada a quien recurrir”.

Fue así que, al recordar lo que había pensado, marchó en busca del boticario. El hombre, en un primer momento, se negó a vendérselo pretextando falsos escrúpulos. Pero Romeo le ofreció oro, ante la vista del cual su pobreza no pudo resistir. El boticario le vendió una ampolla y le dijo que cualquiera que la bebiese, aunque tuviera la fortaleza de veinte hombres juntos, caería fulminado en el acto. De inmediato partió Romeo hacia Verona, decidido a contemplar a Julieta en su tumba, luego a beber el veneno, y a yacer para siempre a su lado.

Por la noche alcanzó la ciudad y se dirigió al cementerio donde se hallaba la antigua bóveda de los Capuleto. Llevaba consigo una farola, una pala y una pica, pero cuando se proponía forzar la entrada oyó una voz que le decía “¡Vil Montesco!”, y que le ordenaba desistir de su sacrílega tarea. Era el conde Paris, que a esa hora intempestiva se había acercado a la tumba de Julieta para depositar flores y llorar sobre el cadáver de quien hubiera sido su esposa. Paris ignoraba qué ha-



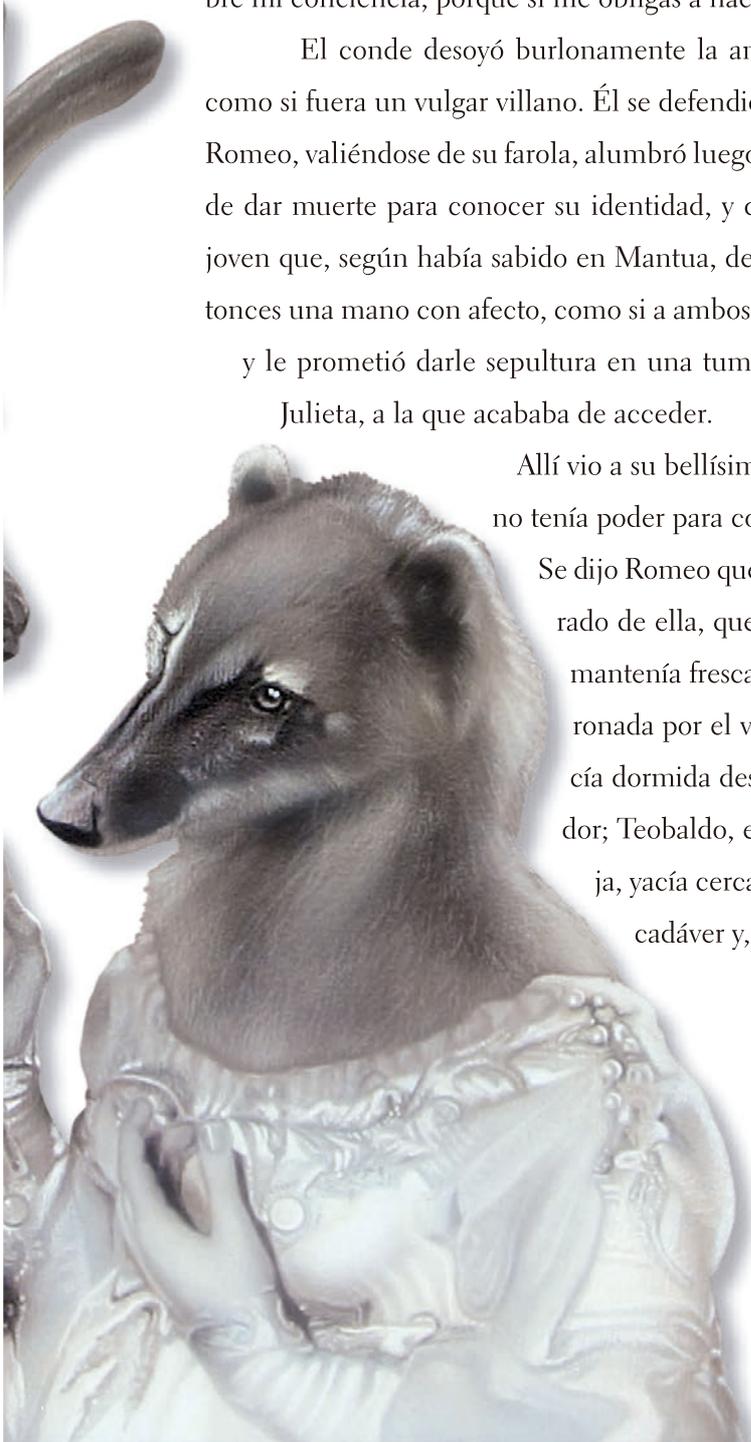
cía allí Romeo entre los muertos, pero al saberlo un Montesco, y en consecuencia un enemigo feroz de los Capuleto, supuso que se proponía llevar a cabo algún acto abominable con los restos de los familiares. Por lo tanto, le ordenó enérgicamente que desistiera:

—Eres un criminal y te arrestaré —añadió Paris—. Y la justicia te condenará a muerte porque te he encontrado en Verona.

—Mejor no hagas nada —respondió Romeo—. Recuerda lo que le ocurrió a Teobaldo, que yace aquí dentro. No provoques mi ira ni cargues otra muerte sobre mi conciencia, porque si me obligas a hacerlo deberé matarte.

El conde desoyó burlonamente la amenaza y se abalanzó sobre Romeo como si fuera un vulgar villano. Él se defendió, combatieron, y Paris cayó muerto. Romeo, valiéndose de su farola, alumbró luego el rostro del hombre al que acababa de dar muerte para conocer su identidad, y descubrió que se trataba de Paris, el joven que, según había sabido en Mantua, debía casarse con Julieta. Le tomó entonces una mano con afecto, como si a ambos los uniera un mismo destino aciago, y le prometió darle sepultura en una tumba gloriosa, esto es, en la tumba de Julieta, a la que acababa de acceder.

Allí vio a su bellísima esposa, y comprobó que la muerte no tenía poder para corromper la hermosura de sus rasgos. Se dijo Romeo que la Muerte también se había enamorado de ella, que el horrible monstruo descarnado la mantenía fresca y lozana para su propio deleite. Coronada por el virginal tocado de flores, Julieta parecía dormida después de beber el brebaje entumecedor; Teobaldo, envuelto en su ensangrentada mortaja, yacía cerca de ella. Romeo le pidió perdón a su cadáver y, por amor a Julieta, lo llamó primo:



—En poco más acabaré con la vida de quien te quitó la tuya —le dijo.

Romeo le dio el último adiós a Julieta con un profundo beso sobre sus labios, y bebiendo la ampolla que le había vendido el boticario se despidió también de la mala estrella que siempre había signado su vida. El veneno era, por cierto, real y fatal, no como la poción que había ingerido Julieta, cuyo efecto estaba a punto de desaparecer. Cuando despertara, lamentaría que Romeo no hubiese llegado a tiempo, o que lo hubiera hecho demasiado pronto.

Las cuarenta y dos horas que le había anunciado el padre Lorenzo estaban por expirar. El fraile, al saber que las cartas que había enviado a Mantua no habían llegado a manos de Romeo por culpa de una deplorable demora del emisario, corrió en persona hacia el cementerio, con una pica y una farola, para rescatar a Julieta de su tumba. Mientras se acercaba, se sorprendió al ver que una luz alumbraba el interior de la bóveda de los Capuleto, y mucho más cuando halló sangre y espadas en el umbral. También allí encontró, sin vida, los cuerpos de Romeo y Paris.

Antes de que pudiera conjeturar lo ocurrido, o imaginar siquiera cómo se habían producido esos trágicos episodios, Julieta despertó del trance y, al ver al padre Lorenzo junto a ella, recordó el lugar donde se encontraba, la razón por la que había llegado hasta allí, y le preguntó por Romeo. Pero el fraile, que acababa de escuchar un ruido en el exterior, le suplicó que salieran ya mismo de ese ámbito de muerte y sueño inducido.

—Un poder superior e ineluctable —dijo—, ha echado por tierra todos nuestros planes.

El rumor de gente que se acercaba a la bóveda era cada vez más fuerte; el padre Lorenzo, es-



pantado y sin esperar a Julieta, escapó de allí. Ella vio entonces, en las manos de Romeo, la ampolla de veneno, y adivinó que ésa había sido la causa de la muerte de su amado. Desesperada, intentó beber algún resto pero nada quedaba; besó entonces los labios aún tibios de Romeo con la esperanza de encontrar en ellos la fatal ponzoña, pero tampoco lo logró. Y, como el rumor de voces era cada vez más fuerte, extrajo de entre sus ropas una daga que llevaba con ella y se dio muerte, quedando tendida junto al cuerpo de Romeo.

Una pequeña multitud llegó en ese momento a la bóveda. Un paje del conde Paris, testigo en las sombras del combate entre su amo y Romeo, había sido quien dio la primera voz de alarma, que no tardó en esparcirse entre los ciudadanos. Muchos salieron a las calles exclamando, confusamente: “¡Paris, Romeo, Julieta!”. Nadie sabía a ciencia cierta lo que había ocurrido, pero las funestas noticias sacaron de la cama a los señores Capuleto y Montesco, y también al Príncipe, que deseaba conocer la razón de aquel disturbio.

Algunos ciudadanos apresaron al padre Lorenzo cuando éste se acercaba al convento temblando, suspirando y llorando, en una actitud muy sospechosa. Cada vez eran más los que se congregaban alrededor de la bóveda de los Capuleto; hasta allí llevaron al fraile, que fue interrogado por el Príncipe para que diera cuenta de lo que sabía de aquel fatal accidente. Entonces, y también en presencia de los señores Capuleto y Montesco, el padre Lorenzo relató fielmente la trágica historia de los amantes de Verona y la parte que le correspondía por haberlos alentado a casarse, con la esperanza de que aquella unión pusiera punto final al enfrentamiento de ambas casas.

Contó que Romeo, que allí yacía, era el esposo de Julieta, y que Julieta, que allí yacía, era su fiel esposa; contó que antes de que él pudiera dar a conocer la celebración del matrimonio, otro pretendiente le había sido asignado a Julieta, quien, para evitar el delito de bigamia, había bebido a instancias suyas un brebaje



adormecedor que haría que todos la creyeran muerta. En el ínterin, agregó, le había escrito a Romeo para que acudiera a liberarla cuando cesara el efecto, pero que por un desafortunado retraso del emisario esas cartas nunca habían llegado hasta Romeo. El padre Lorenzo detuvo entonces su relato, diciendo que a partir de ese punto nada sabía: sólo que cuando llegó hasta la bóveda para liberar a Julieta halló los cadáveres de Romeo y Paris.

El paje, testigo del duelo entre ambos jóvenes, completó la narración, al igual que el sirviente que había acompañado a Romeo desde Verona, a quien éste le había confiado unas cartas para su padre en el caso de que fuera muerto. Esas cartas confirmaron el relato del padre Lorenzo, pues allí confesaba su casamiento con Julieta, imploraba el perdón de su familia, daba cuenta del veneno que le había comprado al boticario pobre, y de su propósito de despedirse de Julieta para morir junto a ella. Estos detalles eximieron al padre Lorenzo de toda sospecha sobre aquellas complicadas muertes, aunque ahora debiera enfrentar las imprevistas consecuencias de sus planes, que llevaban buenas intenciones aunque su ejecución había sido demasiado temeraria y contraproducente.

El Príncipe, volviéndose a los señores Capuleto y Montesco, les reprochó con severidad su irracional enemistad, y les indicó los terribles castigos que deparaba el Cielo a las ofensas de esa índole, cobrándose —como en su caso— la vida de sus más preciados tesoros, sus hijos. Fue así como esos viejos rivales, ya no más enemigos, convinieron en sepultar sus diferencias en la tumba de sus hijos.

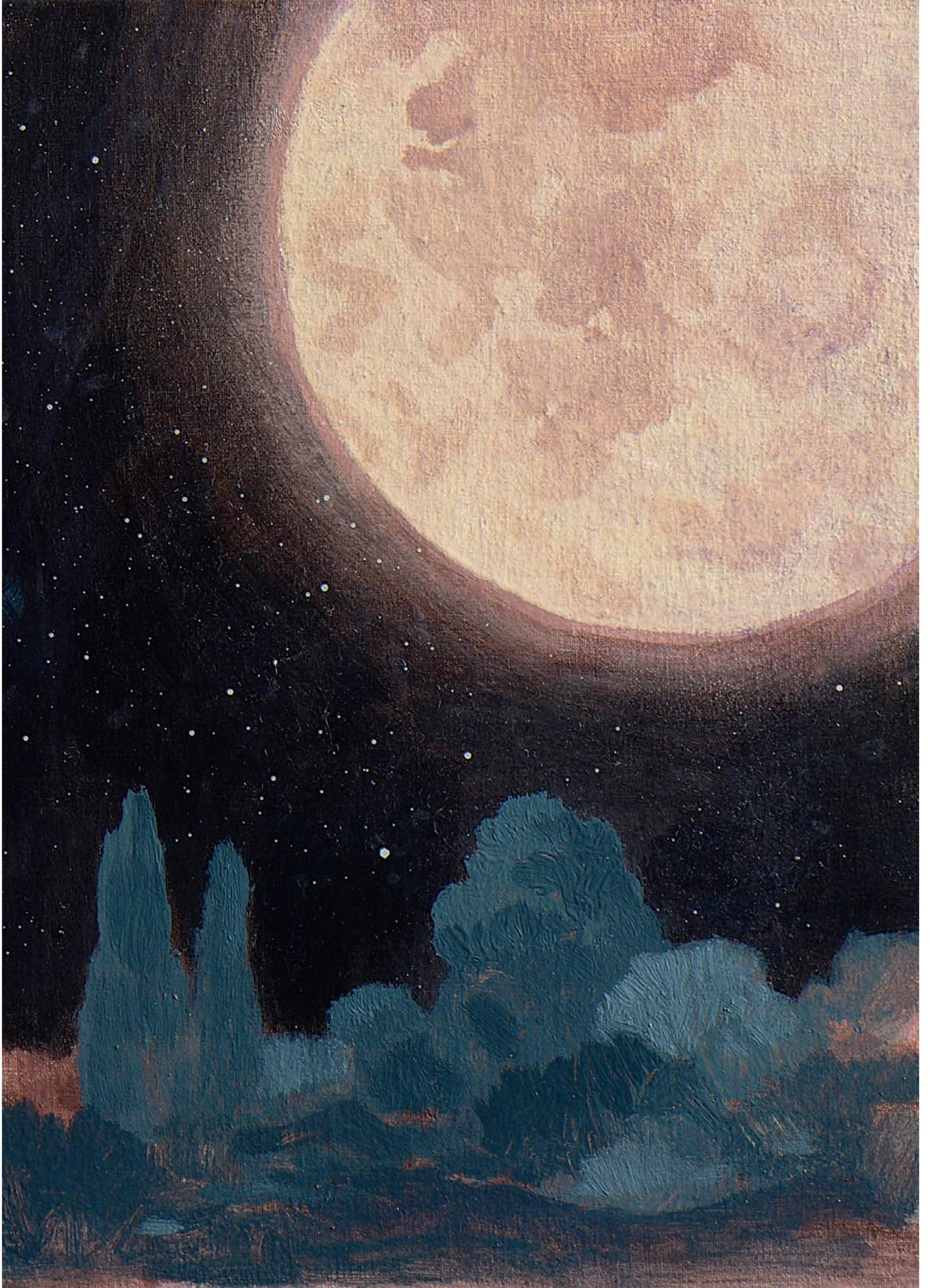
El señor Capuleto le tendió la mano al señor Montesco y lo llamó “hermano”, como reconocimiento póstumo a la unión de ambas familias a través de la boda de un joven Montesco con una joven Capuleto. El señor Montesco se la estrechó diciendo que él le daría algo más que la mano, y prometió elevar una estatua de oro puro con la imagen de Julieta.

—Mientras exista Verona —señaló—, ninguna otra imagen será más reverenciada, por su riqueza y valor, que la de tu hermosa hija.



El señor Capuleto, por su parte, se comprometió a construirle otra estatua similar a Romeo. Y así esos pobres hombres ricos, cuando ya era demasiado tarde, se pusieron a rivalizar en cortesías como antes lo habían hecho en agravios. Tan mortífera fue en el pasado esa enemistad que nada, salvo el desgraciado final de sus hijos, víctimas de aquel odio, había podido desarraigar el rencor y los celos de las dos familias más ricas y prominentes de Verona.





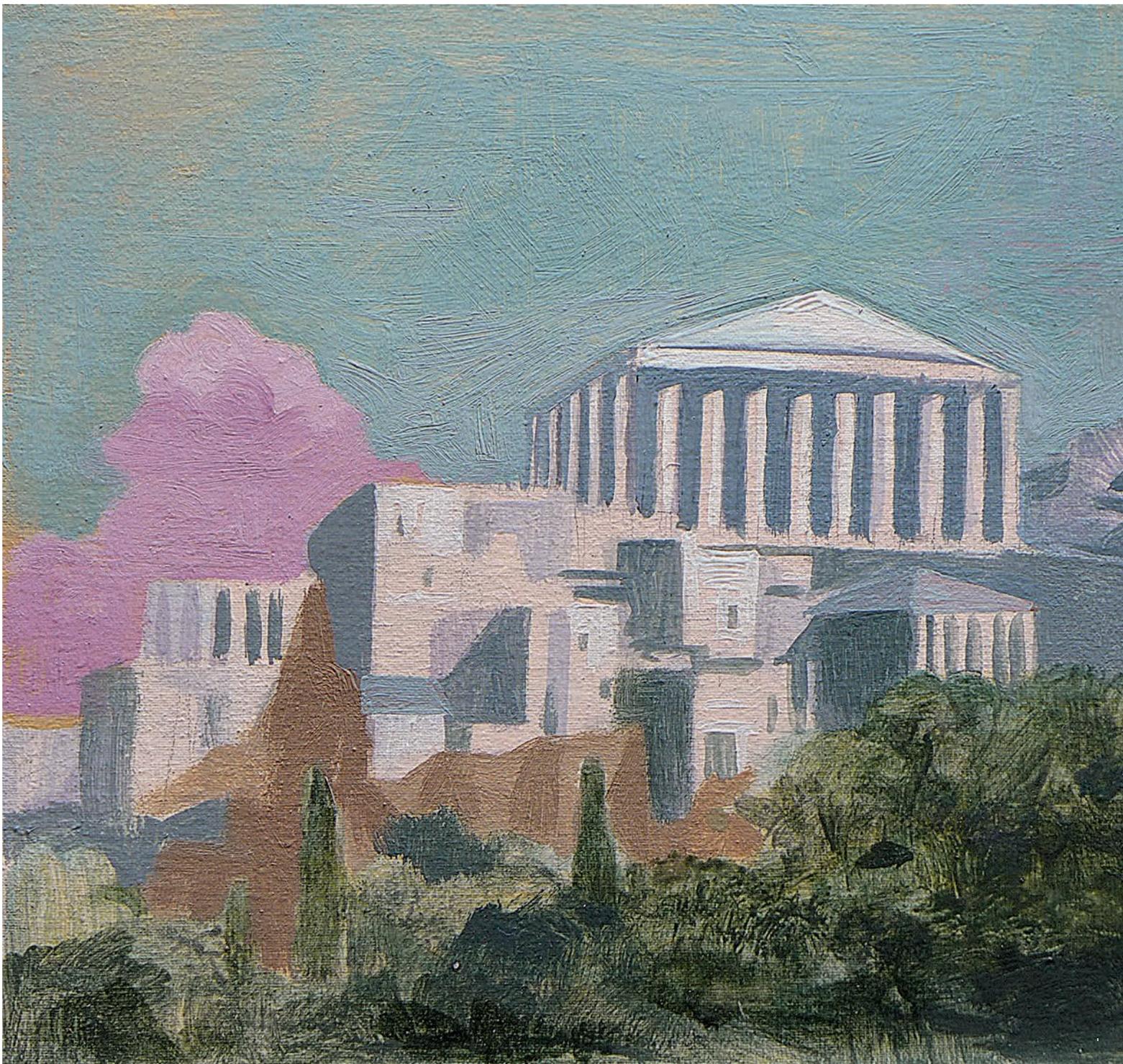


SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Una ley, en la ciudad de Atenas, otorgaba a sus ciudadanos el derecho a casar a sus hijas con quienes ellos quisieran. Y si una hija se negaba a aceptar como esposo al hombre que su padre le había elegido, esa ley lo facultaba a exigir su muerte. Desde luego, como los padres no suelen desear la muerte de sus propias hijas, por desobedientes que éstas sean, esa ley rara vez se aplicaba, aunque nunca faltaba el padre que amenazara a su hija con semejante castigo.

Una vez, sin embargo, un viejo llamado Egeo se presentó ante Teseo, por entonces duque de Atenas, para quejarse de que su hija Hermia, a quien quería casar con Demetrio, descendiente de una noble familia ateniense, se negaba a obe-

decerlo ya que amaba a otro joven, de nombre Lisandro. Egeo le exigió justicia a Teseo, y le reclamó que esa sanguinaria ley se le impusiera a su hija. Hermia, para justificar su desobediencia, sostenía que Demetrio había amado antes a su querida amiga Helena, y que a su vez Helena amaba con locura a Demetrio, pero tales razones no sirvieron para convencer al inflexible Egeo. Teseo era un príncipe bondadoso, pero carecía del poder suficiente para modificar las leyes del país, de modo que lo máximo que pudo hacer fue concederle a Hermia, a quien había convocado



ante su presencia, cuatro días de gracia para que reconsiderara su decisión: si, al expirar el plazo, continuaba rechazando a Demetrio como esposo, no tendría más remedio que ordenar su ejecución.

Después de abandonar el palacio Hermia corrió presurosa hacia su amado Lisandro para ponerlo al corriente del peligro en que se encontraba: o renunciaba al amor que los unía y se casaba con Demetrio, o en cuatro días perdería la vida. Una noticia tan terrible sumió en la tristeza a Lisandro, aunque de inmediato re-

cordó que una tía suya vivía fuera de los límites de Atenas, donde esa cruel ley no regía, y en donde Hermia, en consecuencia, estaría a salvo. De modo que le propuso que esa misma noche escapara de su hogar y huyeran juntos a la casa de su tía, lugar en que podrían casarse.

—Ve al bosque en las afueras de la ciudad, ese lugar tan hermoso en el que tantas veces hemos paseado con Helena durante el agradable mes de mayo —dijo Lisandro—. Allí nos encontraremos.

Hermia se mostró encantada con la propuesta y no le reveló a nadie, salvo a su amiga Helena, su decisión de huir de Atenas. Pero la egoísta Helena, como suelen hacer algunas jóvenes despechadas, resolvió contarle todo a Demetrio, pese a que traicionando el secreto de su amiga ella no obtuviera ningún beneficio; sólo el triste placer de seguir al desencantado amante hasta el bosque, ya que estaba segura de que Demetrio iría tras Hermia.

El bosque en el que Lisandro y Hermia se habían citado era el favorito de esas minúsculas criaturas llamadas hadas. Oberón era el rey y Titania la reina. Allí, con



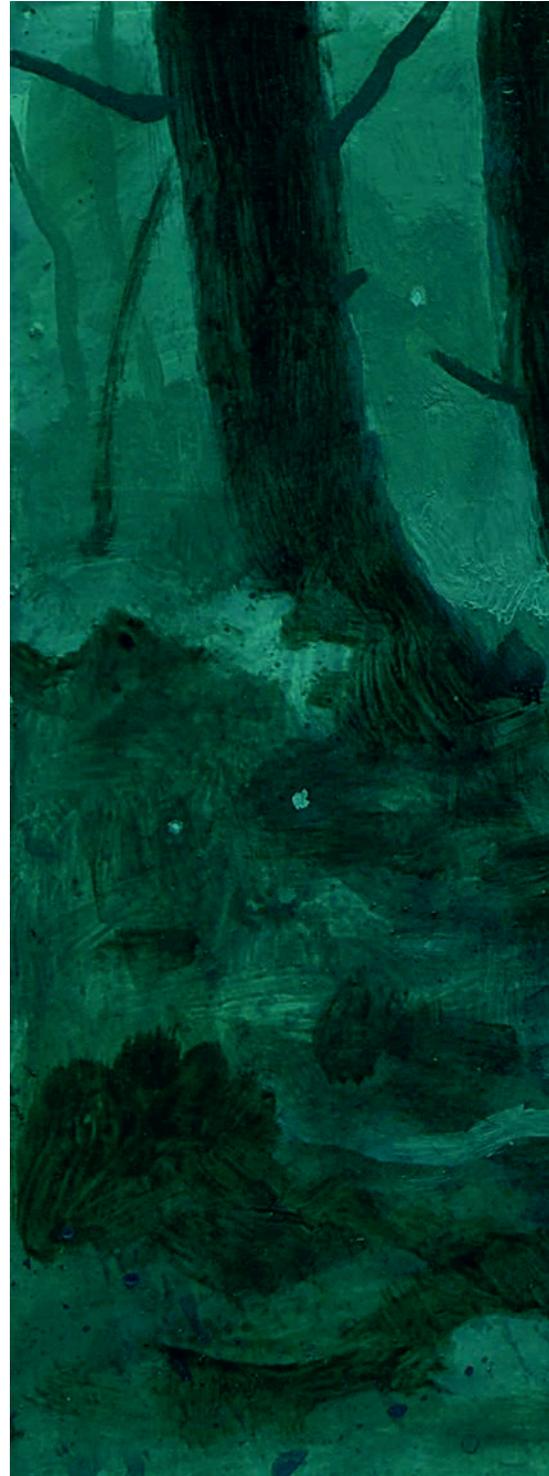
su pequeño séquito, solían celebrar sus fiestas de medianoche. Por aquel tiempo, una agria disputa enfrentaba al rey y a la reina; cada vez que se cruzaban, a la luz de la luna, se ponían a reñir de tal forma que el resto de las hadas, espantadas, corrían a ocultarse en el interior de las bellotas. La razón de tan amarga disputa era la negativa de la reina a entregarle a Oberón un niño, cuya madre había sido amiga de Titania, y que al morir ésta ella había raptado de su cuna y llevado consigo al bosque. La noche en la que se habían dado cita los amantes, Titania paseaba por el bosque con algunas de sus damas de honor cuando encontró a Oberón con su propio séquito.

—¿Qué haces a la luz de la luna, orgullosa Titania? —dijo el rey.

—¡Vaya, quién está aquí, el celoso Oberón! —replicó la reina—. ¡Hadas, salgamos ya mismo! No quiero ver a este indeseable.

—¡Detente, hada imprudente! —dijo Oberón—. ¿No soy acaso tu señor? ¿Por qué Titania desafía a Oberón? Entrégame al niño que has raptado y lo haré mi paje.

—Sería mejor que te calmaras —respondió la reina—. Tu reino entero de hadas no vale lo que vale mi niño.





Y diciendo esto, se marchó dejando al rey lleno de ira.

—De acuerdo, vete —exclamó Oberón—. Haré que arrepientas se semejante afrenta antes de que amanezca.

El rey ordenó entonces que llamaran a Puck, su duende favorito y consejero privado. Puck (o, como también le decían, Robin Goodfellow) era un espíritu burlón que acostumbraba gastar bromas pesadas en las aldeas de la vecindad. A veces, se escurría en los establos y ordeñaba las vacas para dejarlas sin leche; en otras ocasiones, con su forma grácil y etérea, se escondía en las vasijas donde los aldeanos elaboraban la manteca, y danzando en su interior impedía que la crema se convirtiera en manteca. También solía estropear la cerveza que bebían los campesinos durante sus festividades.

Pero lo que más divertía a Puck era, en aquellas reuniones, transformarse en cangrejo e introducirse en la jarra de cerveza que se llevaba a la boca alguna vieja aldeana, para saltar a sus labios y volcarle la bebida sobre la barbilla. O peor aun: cuando la pobre mujer se reunía con sus comadres a relatar historias tristes y melancólicas, le retiraba sorpresivamente la silla para que diera de bruces en el suelo. Era entonces cuando las otras comadres soltaban la carcajada y decían que no podía haber nada tan gracioso.

—Ven aquí, Puck —dijo Oberón al alegre vagabundo de la noche—. Consígueme una viola tricolor, esa flor a la que las muchachas llaman Pensamiento. Su jugo púrpura, vertido en los párpados de quienes duermen, produce al despertar un enamoramiento súbito de lo primero que ven. Echaré ese jugo sobre los párpados de mi Titania mientras duerma, y ella se enamorará de lo primero que tenga ante sus ojos, así sea un león, un oso, un monito saltarín o un gran simio, y antes de liberarla de ese hechizo con otro que también conozco, haré que me entregue al niño para convertirlo en mi paje.

Puck, que amaba locamente esas travesuras, corrió entusiasmado a buscar

la flor para cumplir con la jugarreta de su amo. Mientras esperaba el regreso del duende, Oberón observó que Demetrio y Helena entraban en el bosque. Demetrio le reprochaba a Helena que lo hubiera seguido, y después de otras palabras descortesas de su parte, y de las tímidas protestas de Helena, que le recordaba su antiguo amor por ella y la fe que le había jurado, la dejó a merced de las bestias salvajes. Desesperada, Helena echó a correr tras él. El rey de las hadas, que siempre había mostrado debilidad por los amantes desdichados, sintió una gran compasión por Helena. Quizá la conociera de aquellos felices tiempos en que Demetrio la amaba y ambos paseaban, a la luz de la luna, en ese bosque encantado, tal como había dicho antes Lisandro. Sea como fuere, cuando regresó Puck con la florcita púrpura, Oberón le ordenó:

—Toma unos pétalos de esta flor. Allí hay una dulce ateniense, enamorada de un joven altanero. Si lo encuentras durmiendo, échale algunas gotas de la poción de amor sobre sus ojos, pero asegúrate de que ella se encuentre cerca de él, de modo tal que cuando despierte lo primero que vea sea a ella. Lo reconocerás por el atuendo ateniense que lleva.

Puck prometió cumplir cuidadosamente con la tarea. Entonces Oberón, de manera subrepticia, se introdujo en la glorieta de Titania, donde ella se preparaba para descansar. Su glorieta de hada estaba junto a una fuente, bajo un baldaquín de madreselvas y rosas mosqueta, donde crecía el tomillo y florecían las primaveras y las violetas. Titania dormía allí durante buena parte de la noche cubierta por una esmaltada piel de serpiente que, aunque pequeña como cobertor, era lo suficientemente amplia para un hada. Oberón la encontró indicándoles a sus hadas lo que debían hacer mientras ella durmiera.

—Algunas de ustedes —decía la reina—, limpiarán de insectos los capullos de las rosas, otras perseguirán a los murciélagos y les quitarán el terciopelo de sus alas, con el que luego confeccionaremos los abrigos que visten mis duende-

cillos; y otras vigilarán que la lechuza, con su fastidioso ulular, no venga a turbar mi sueño.

Las hadas, entonces, entonaron esta canción:

*Bífida serpiente vil,
Erizo cruel y hostil,
Aléjense de aquí,
Que la reina ha de dormir.*

*Ya viene el ruiseñor
Con su dulce canción.
Descanse, majestad
La noche tenga en paz.*

*No turben su reposo
Ni grillos ni abejorros.
Descanse, majestad,
La noche tenga en paz.*

La reina se adormeció al son de la melodiosa canción de cuna, y las hadas volaron con rapidez a cumplir con las tareas que les había encomendado. Luego Oberón, suavemente, se deslizó junto a Titania y derramó unas gotas de la poción de amor sobre sus párpados, diciendo:

—Lo que veas al despertar se adueñará de tu corazón.

Mientras tanto, Hermia ya había escapado de la casa de su padre para evitar la muerte a la que la condenaba su negativa a aceptar como marido a Demetrio. Al entrar en el bosque encontró a Lisandro, quien la esperaba para conducirla hasta la casa de su tía. Sin embargo, antes de que atravesaran la mitad del camino, Hermia

se sintió muy cansada y Lisandro, que tan amorosamente cuidaba de ella (enorme prueba de amor le había dado Hermia desafiando a su padre y arriesgando su vida), la convenció de que descansara hasta el amanecer sobre un montículo de hierbas suaves. Ella lo obedeció, él se tendió a su lado, y pronto se quedaron dormidos.

Fue así como los encontró Puck, quien al ver un apuesto mozo vestido a la manera ateniense, y una hermosa muchacha durmiendo cerca de él, concluyó que ellos debían ser la ateniense y el altanero novio al que Oberón le había ordenado buscar. Desde luego, también conjeturó que, al encontrarse solos y tan próximos, ella habría de ser la primera persona a quien el joven vería al despertar. Entonces, sin hacer ruido, se apresuró a derramar sobre sus párpados unas gotas del jugo de la flor púrpura.

Sin embargo, quiso el destino que poco después Helena pasara por allí, y fue a ella, y no a Hermia, a quien Lisandro vio al abrir los ojos. El extraño hechizo no tardó en hacer efecto: el amor que Lisandro sentía por Hermia se desvaneció de golpe mientras una súbita pasión por Helena se encendía en su pecho. El error de Puck no habría acarreado consecuencias si hubiese visto a Hermia al despertar, ya que era imposible que la amara más de lo que la amaba; pero cruel fue la suerte para el desventurado Lisandro: que una pócima mágica lo obligara a olvidar a su fiel Hermia y se enamorara de otra joven, abandonando a su prometida sola y dormida en el bosque.

Así fue como ocurrió este desafortunado episodio: Helena, como ya fue dicho, había echado a correr tras Demetrio cuando él escapó tan rudamente de su lado; sin embargo, no tardó en renunciar a esa carrera desigual, ya que los hombres son siempre más veloces que las mujeres cuando corren. Abatida y triste, se puso a vagabundear por el bosque al perder de vista a Demetrio, cuando llegó al sitio donde dormía Lisandro.

—¡Ah! —exclamó—. Aquí está Lisandro, tendido en el suelo. ¿Estará muerto o dormido?

Entonces, inclinándose sobre él, lo tocó suavemente en el hombro, y le dijo:
—Buen señor, si estás vivo despierta.

Lisandro abrió los ojos y, a medida que el filtro de amor hacía su efecto, empezó a dirigirle extravagantes palabras de amor y de pasión, diciéndole que su belleza era tan incomparable con la de Hermia como la de una paloma con un cuervo, o que él sería capaz de atravesar el fuego para obtener sus favores, y como esos muchos otros requiebros más.

Helena sabía que Lisandro amaba a su amiga Hermia, con quien se había comprometido solemnemente a casarse, y tuvo un raptó de furia al oír todas aquellas alabanzas, ya que supuso que se reía de ella.

—¡Oh! —dijo—. ¿Por qué habré nacido para convertirme en el objeto de burla de todo el mundo? ¿No es suficiente, señor, con que Demetrio no me dedique nunca una mirada dulce o una palabra amable para que tú, ahora, finjas cortejarme de esta forma irrespetuosa? Por cierto, Lisandro, te creía una persona más educada.

Tras pronunciar muy enfadada estas palabras echó a correr una vez más, y Lisandro lo hizo tras ella abandonando a su amada, que seguía durmiendo. Al despertar, Hermia se vio sola en el bosque y sintió un miedo profundo. Empezó a deambular, sin saber qué habría sido de Lisandro ni qué camino tomar para encontrarlo. Mientras tanto Demetrio, extenuado por la inútil búsqueda de Hermia y de Lisandro, se echó a dormir; así fue como lo vio Oberón. Ya a esa altura, y a raíz de algunas preguntas que le había formulado a Puck, el rey sabía que su duende había echado el filtro amoroso sobre los párpados de la persona equivocada. Entonces, al dar ahora con la correcta, se apresuró a rociarlo con otras gotas de la flor mágica. Demetrio despertó repentinamente y lo primero que vio fue a Helena, quien había llegado hasta allí en su fuga. Y, como antes Lisandro, también él empezó a prodigarle toda suerte de palabras amorosas.

Pero la confusión no terminaba. En ese momento apareció Lisandro segui-

do por Hermia, ya que el desafortunado error de Puck había provocado que ahora fuera ella quien corriera tras su amante. De esa forma, el poderoso filtro de amor hizo que ambos jóvenes cortejaran al mismo tiempo a Helena. Desconcertada, ella creyó que Demetrio, Lisandro y Hermia se habían confabulado para hacerle burla. Hermia estaba tan sorprendida como Helena: no podía explicarse por qué Lisandro y Demetrio, que antes la amaban a ella, ahora adoraran a Helena, pero para ella no se trataba de una broma. Las jóvenes, buenas amigas hasta poco tiempo antes, empezaron a cruzarse duras acusaciones.

—¡Malvada Hermia! —dijo Helena—. ¿Fuiste tú quien envié a Lisandro a burlarse de mí? ¿Le pediste lo mismo a tu otro amante, Demetrio, que antes me despreciaba y ahora me llama diosa, ninfa, preciosa y celestial? Él nunca me hablaría de ese modo, puesto que me odia, si tú no se lo hubieses ordenado. ¡Hermia malvada! ¿Por qué te unes a ellos para ridiculizarme? ¿Acaso te has olvidado de nuestra bella amistad en los tiempos de la escuela? ¿Cuántas veces, Hermia, nos hemos sentado juntas sobre el mismo almohadón? ¿Cuántas cantamos la misma canción, y bordamos la misma flor con nuestras agujas? Crecimos como las dos partes de uno de esos frutos a los que tanto cuesta separar. ¡Hermia, no es digno de ti que te unas a esos hombres para burlarte de tu buena amiga!

—Tus palabras necias me sorprenden —respondió Hermia—. ¡No soy yo quien se burla de ti, sino tú de mí!

—¡Oh, vamos! —continuó Helena—. Te finges seria y modosita, y en cuanto me doy vuelta haces gestos a mis espaldas y les guiñas un ojo a ellos. Si tuvieras algo de piedad, o de buenos modales, no me tratarías de esa forma.

En lugar de intervenir, Demetrio y Lisandro las dejaron discutiendo y se fueron a pelear por el amor de Helena. Ellas, al verlos marcharse, volvieron a salir en su búsqueda a través del bosque. Y cuando nadie quedaba en el lugar, Oberón, quien junto al pequeño Puck había oído toda la disputa, dijo al duende:

—Mira, éste es el resultado de tu negligencia. ¿O acaso lo hiciste a propósito?

—¡Créeme, rey de las sombras! —se defendió Puck—. ¡Fue un error! Fui-
te tú quien me envió tras el caballero del atuendo ateniense. Sin embargo, debo
reconocerte que no siento demasiados remordimientos, porque todo esto me divier-
te mucho.

—¿Pero no has visto —continuó Oberón— que Demetrio y Lisandro se
retiraron a un lugar apartado para combatir? Te ordeno que enturbies la noche
con una niebla espesa para que esos dos enamorados se pierdan en la oscuridad y
no puedan verse. ¡Ve ya mismo, finge sus voces, confúndelos, haz que te sigan a ti
creyendo que es su rival! Que caminen mucho, que se cansen, y cuando se echen a
dormir derrama el jugo de esta otra flor sobre los ojos de Lisandro, para que cuando
despierte haya olvidado su falso amor por Helena y sienta otra vez la misma pasión
por Hermia. Así conseguiremos que las dos jóvenes sean felices con el hombre que
aman, y piensen que todo esto no fue más que un horrible sueño. Date prisa, Puck,
que mientras tanto yo iré a ver qué dulce amor ha ganado el corazón de mi Titania.

La reina aún dormía en su glorieta. Oberón vio junto a ella un payaso que
se había perdido en el bosque, y que también dormía.

—Este fantoche —pensó— será el nuevo amor de Titania.

Y tomando la cabeza de un asno, la colocó sobre el cuerpo del payaso con
tanta precisión que parecía haber estado siempre allí sobre sus hombros. Oberón
lo hizo con suavidad pero el movimiento despertó al payaso, que se puso de pie y,
sin advertir su transformación, se acercó al lecho de Titania.

—¡Ah! ¿Quién es este ángel del cielo? —dijo ella, abriendo los ojos, mien-
tras el filtro de amor hacía su efecto—. ¿Acaso tu sapiencia iguala a tu hermosura?

—Mire, señora mía —respondió el torpe payaso—. Yo lo único que necesi-
to saber es cómo salir de este bosque. Debo regresar a mi trabajo.

—¿Pero por qué deseas irte de aquí? —dijo Titania enamorada—. ¿No



reconoces en mí a un espíritu de elevada jerarquía? Soy la reina, y te amo. Quédate conmigo, y pondré al resto de las hadas a tu servicio.

Entonces llamó a cuatro de sus hadas: Pimentón, Telaraña, Polilla y Mostaza.

—Escuchen —dijo Titania—. De ahora en más cuidarán de este caballero, marcharán y saltarán a su paso, lo alimentarán con uvas frescas, duraznos y dulce miel de los panales. —Y dirigiéndose al payaso, agregó: —¡Ven, asno mío, siéntate a mi lado, déjame acariciar el vello de tus deliciosas mejillas y besar tus largas y bellas orejas, que son mi mayor gozo!

—¿Dónde está Pimentón? —preguntó el payaso con cabeza de asno, sin prestar mayor atención al cortejo de Titania aunque orgulloso de sus nuevos servidores.

—¡Aquí, mi señor! —dijo Pimentón.

—Ven a rascarme la cabeza —ordenó—. ¿Y dónde está Telaraña?

—¡Aquí, mi señor! —dijo Telaraña.

—Bien, Telaraña —replicó el payaso—. Ve a matar esa abeja roja que está sobre aquel cardo, y tráeme su miel. Y ten mucho cuidado, no vayas a derramarla sobre tu cuerpo porque lamentaría mucho que te pegotearas. ¿Dónde está Mostaza?

—¡Aquí, mi señor! —dijo Mostaza—. ¿Qué es lo que deseas?

—Nada —respondió el payaso—, pero puedes ayudar a Pimentón a rascarme. Deberé ir a un barbero, Mostaza, porque mi barba ha crecido demasiado.

—Dulce amor mío —dijo la reina—. ¿Qué te gustaría comer? Puedo enviar otra hada al nido de la ardilla para que te traiga algunas nueces.

—Prefiero unas arvejas —respondió el payaso, cuyo apetito era feroz desde que tenía cabeza de asno—. Pero, por favor, no dejes que ninguno de tus servidores me moleste, ya que tengo pensado echarme una siesta.

—Duerme entonces —dijo Titania—, que yo te meceré en mis brazos. ¡Oh, cuánto te amo! ¡Estoy loca por ti!



Cuando Oberón vio que el payaso dormía en los brazos de la reina, se apareció ante ella y le reprochó duramente haberse enamorado de un asno. Ella no pudo negar la evidencia ya el payaso dormía en sus brazos, con la cabeza de asno coronada por las flores que ella misma le había colocado. El rey continuó recriminándole su acto y le reclamó, una vez más, al niño que ella había raptado de la cuna. Y esta vez, avergonzada al haber sido descubierta por Oberón junto a su nuevo amante, Titania no se atrevió a resistirse.

El rey, satisfecho de obtener al fin ese niño que deseaba como paje, se apiadó de la desgraciada situación a la que había llevado a la reina por obra de la magia, y derramó sobre sus ojos el jugo de la otra flor. Titania recobró al instante la razón, y quedó estupefacta al descubrir entre sus brazos a ese monstruo repugnante. Mediante otro pase mágico, Oberón hizo desaparecer la cabeza de asno y el payaso recobró su antigua apariencia. Y así, otra vez con forma humana, siguió durmiendo su siesta.

Oberón y Titania se reconciliaron. El rey le relató entonces la historia de los amantes y las discusiones nocturnas que habían sostenido; ella se mostró dispuesta a acompañarlo para conocer el fin de sus aventuras. Juntos, hallaron a los cuatro jóvenes, no muy distantes los unos de las otras, durmiendo sobre la hierba. Puck, para reparar el error que había cometido, se las ingenió para reunirlos en un mismo sitio, sin que ellos lo advirtieran, y con el mayor cuidado removi6 el hechizo de los ojos de Lisandro con el antídoto que el rey le había dado. Hermia fue la primera en despertar, y hallando que Lisandro dormía próximo a ella, permaneció un momento observándolo y preguntándose por su extraña conducta. Al cabo de un instante él abrió los ojos y, al ver a su amada, recobró la razón que el filtro mágico había entorpecido, y con ella el amor por Hermia. Así, se pusieron a hablar sobre los raros sucesos de la noche anterior, y con la duda de si aquellas cosas habrían ocurrido de verdad, o si ambos habían tenido un mismo y espantoso sueño.

Helena y Demetrio también habían despertado. Con ánimo más calmo gracias al reparador descanso, ella escuchó con deleite las palabras de amor que Demetrio volvía a dedicarle. Y, para su sorpresa, empezó a creer que ahora eran sinceras. Las jóvenes, vagabundas del bosque, ya no eran rivales, y restauraron su antigua amistad. Las horrendas palabras que habían cruzado quedaron en el olvido, y con mucha paz se preguntaron qué era lo mejor que podían hacer en la situación en que se encontraban.

Pronto convinieron en que Demetrio, tras haber renunciado a las pretensiones que tenía sobre Hermia, persuadiera a Egeo a dejar de lado la cruel sentencia a muerte que él mismo había impulsado. Y así, mientras Demetrio se preparaba a regresar a Atenas para cumplir con ese noble propósito, a todos sorprendió la aparición del padre de Hermia, que se había internado en el bosque en busca de su hija fugitiva. Cuando Egeo comprendió que Demetrio no se casaría con Hermia, ya no se opuso a la boda de ella con Lisandro, pero exigió que se celebrara en el cuarto día a contar desde ese momento, para que coincidiera con la fecha en la que ella iba a ser ejecutada. Helena dijo entonces, con felicidad, que ese mismo día también ella se casaría con su amado y fiel Demetrio.

A Oberón y Titania, espectadores invisibles de la reconciliación, los colmó de alegría el final feliz de la historia de los amantes, logrado gracias a los buenos oficios del rey, y resolvieron festejar jubilosamente ambas nupcias en todo el reino de las hadas.

Y por último: si alguien se hubiera sentido ofendido por la historia de estos espíritus burlones, o si la hubiese juzgado increíble o extraña, sólo tiene que pensar que, quizá, no haya sido otra cosa que un sueño en el que vio desfilas a estas fantásticas visiones mientras dormía. Espero, pues, que ninguno de mis lectores se haya sentido molesto por este pequeño e inofensivo Sueño de una noche de verano.





LA TEMPESTAD

En el medio del mar había una isla cuyos únicos habitantes eran un hombre viejo, llamado Próspero, y su hija Miranda, una hermosa joven. Tan pequeña era ella cuando llegó a la isla que no recordaba otro rostro humano que no fuera el de su padre.

La cueva en que vivían era una especie de enorme celda cavada en la roca y dividida en varios ambientes. El más grande era el estudio de Próspero: allí el viejo atesoraba sus libros, en su mayoría voluminosos tratados de ciencias ocultas. Por aquellos tiempos, la magia era una disciplina que atraía a los sabios del mundo entero. El conocimiento de tales artes le había resultado de gran provecho a Próspero ya que, después de arribar a esa isla por obra de una dolorosa circunstancia,

descubrió que estaba encantada por una bruja llamada Sycorax, quien había muerto poco antes de su llegada. Fue así que Próspero, gracias a las artes mágicas, pudo liberar a algunos espíritus benévolos que habían sido encarcelados por Sycorax en el interior de gigantescos árboles, como castigo por negarse a cumplir sus pérfidas órdenes. Desde entonces, esos espíritus se pusieron incondicionalmente al servicio de Próspero.

El jefe de ellos era Ariel, un geniecillo de carácter vivaz que nada tenía de dañino aunque le procuraba gran placer atormentar al horrible monstruo Calibán. En verdad, Ariel le guardaba rencor por ser el hijo de su antigua enemiga, la bruja Sycorax. Cuando Próspero encontró en el bosque a Calibán (una criatura deforme, más parecido a un simio que a un humano), lo llevó a su hogar, le enseñó a hablar y lo trató con todos los cuidados; sin embargo, la naturaleza perversa de Calibán, heredada de su madre Sycorax, le impedía asimilar nada que fuera bueno o útil. De esa manera, Próspero lo hizo su esclavo: lo enviaba a cargar leños y le encomendaba las tareas más pesadas, todo ello con la supervisión de Ariel.

Cada vez que Calibán se mostraba perezoso y descuidaba su trabajo, Ariel (invisible a los ojos de todos, salvo a los de Próspero) se divertía pellizcándolo o haciéndole zancadillas en el lodo. Otras veces, encarnaba en la forma visible de un mono y le gastaba bromas, o se convertía en un erizo y se arrojaba a su paso, ya que Calibán temía que las agudas púas de los erizos se clavaran en sus pies desnudos. Así, mediante esos trucos molestos, Ariel atormentaba a Calibán cuando éste desatendía el trabajo que Próspero le había encargado.

Con la ayuda de esos poderosos espíritus, sometidos por completo a su voluntad, Próspero era capaz de gobernar los vientos y las olas del mar. Una vez, les ordenó que desataran una feroz tormenta.

—¡Mira, hija! —dijo a Miranda—. ¡Mira esas olas embravecidas que amenazan devorar a la nave! ¡Mira! Va cargada de seres humanos iguales a nosotros.

—¡Oh, padre querido! —suplicó ella—. Si fueron tus artes las que desataron esa horrible tormenta, apiádate del dolor de los navegantes. ¡Oh! ¡La nave se destruirá en mil pedazos! ¡Pobre gente, morirán todos! ¡Si yo tuviera un poder como el tuyo hundiría el mar bajo la tierra para evitar el naufragio, y salvaría a las almas bondadosas que allí viajan!

—No hay razón para que te espantes, querida Miranda —la tranquilizó Próspero—. No les haré daño. He ordenado que ninguno de los navegantes sufra el menor rasguño. Y lo he hecho por ti, amada hija. Tú no sabes quién eres, ni de dónde vienes, ni conoces nada sobre mí salvo que soy tu padre y que vivimos en esta mísera cueva. ¿Acaso puedes recordar algo anterior al momento en que llegaste aquí? Supongo que no, ya que entonces sólo tenías tres años de edad.

—Por cierto que algo recuerdo, padre —replicó Miranda.

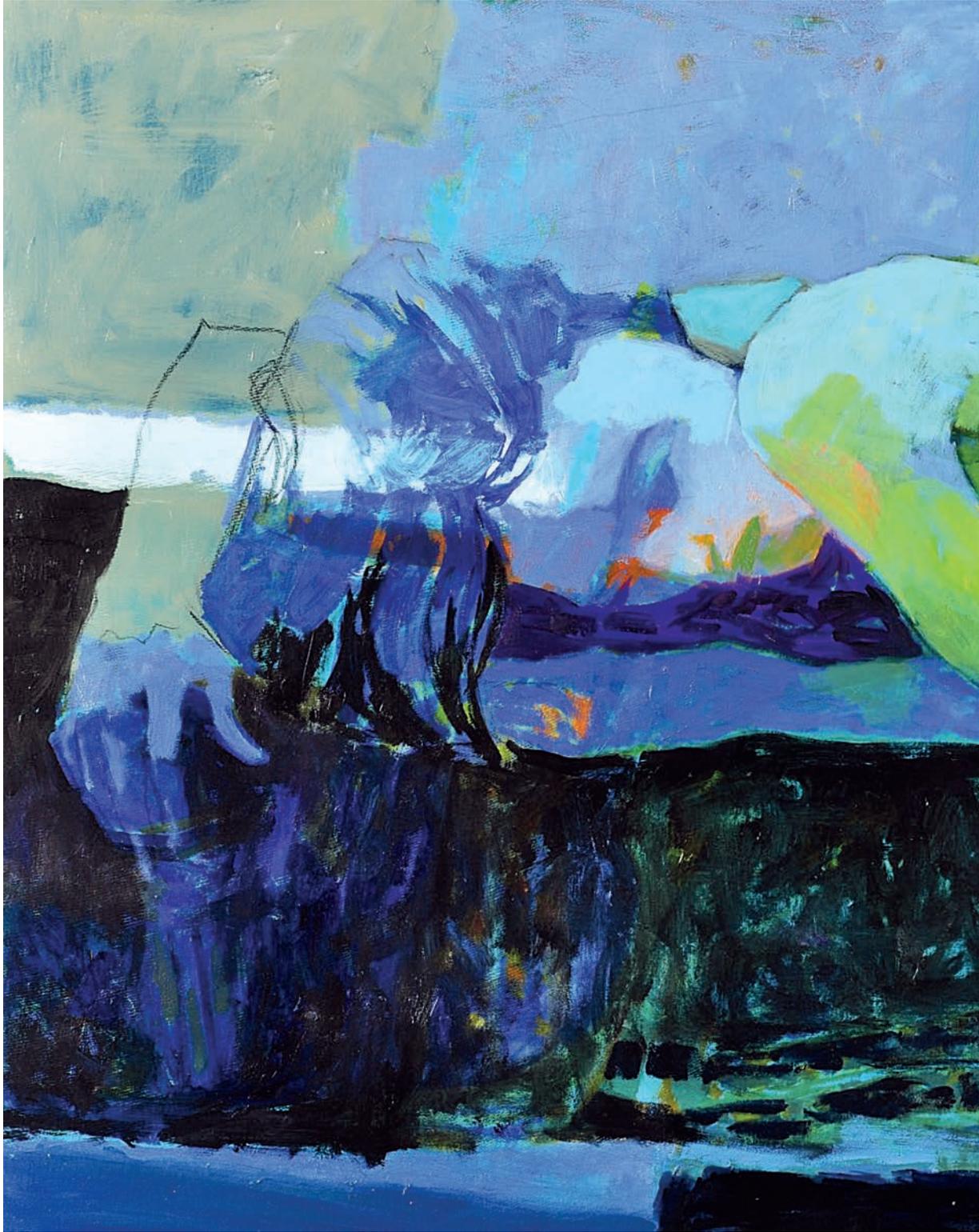
—¿Qué cosa? —preguntó Próspero—. ¿Alguien te ha dicho algo? Cuéntame qué es lo que crees recordar, pequeña mía.

—Es como si fuera un sueño —dijo Miranda—. ¿No tuve yo alguna vez cuatro o cinco mujeres que cuidaban de mí?

—Claro que las tuviste, y fueron muchas más —respondió Próspero—. ¿Pero cómo es que conservas eso en tu memoria? ¿También recuerdas cómo llegaste aquí?

—No, padre —dijo ella—. No recuerdo nada más.

—Hace doce años, Miranda —continuó Próspero—, yo era el Duque de Milán y tú eras una hermosa princesa, mi única heredera. Tenía un hermano menor, llamado Antonio, a quien todo le confiaba. Como siempre preferí la soledad y el estudio, yo solía delegar el manejo de los asuntos de estado en manos de tu tío, mi falso hermano (porque así demostró serlo). Y así, acostumbrado a descuidar





las cosas mundanas, sumergido en mis libros, dediqué la totalidad de mi tiempo a perfeccionar mis conocimientos. Mi hermano Antonio, que mucho amaba el poder, empezó a actuar como si el Duque fuera él. Le di la oportunidad de volverse popular entre mis súbditos, y eso despertó en su malévola naturaleza la orgullosa ambición de arrebatarme el ducado. Y no tardó en hacerlo, con la ayuda del Rey de Nápoles, un príncipe poderoso que era mi enemigo.

—¿Y por qué no nos mataron? —preguntó Miranda.

—Hija mía —respondió su padre—, a la vista de todos no se hubieran atrevido. Era mucho el amor que me profesaba mi pueblo. Pero Antonio nos embarcó a la fuerza en una nave y, cuando nos encontrábamos a muchas leguas de la costa, nos introdujo en un bote sin cuerdas, velas ni mástil, y nos abandonó a la deriva para que encontráramos la muerte. Sin embargo, un bondadoso cortesano llamado Gonzalo, que me tenía afecto, había ocultado previamente en el bote agua fresca, provisiones, ropa limpia, aparejos de navegación, y algunos de los libros que yo valoraba más que a mi ducado.

—¡Oh, padre! —exclamó Miranda—. ¡Qué estorbo habré sido para ti entonces!

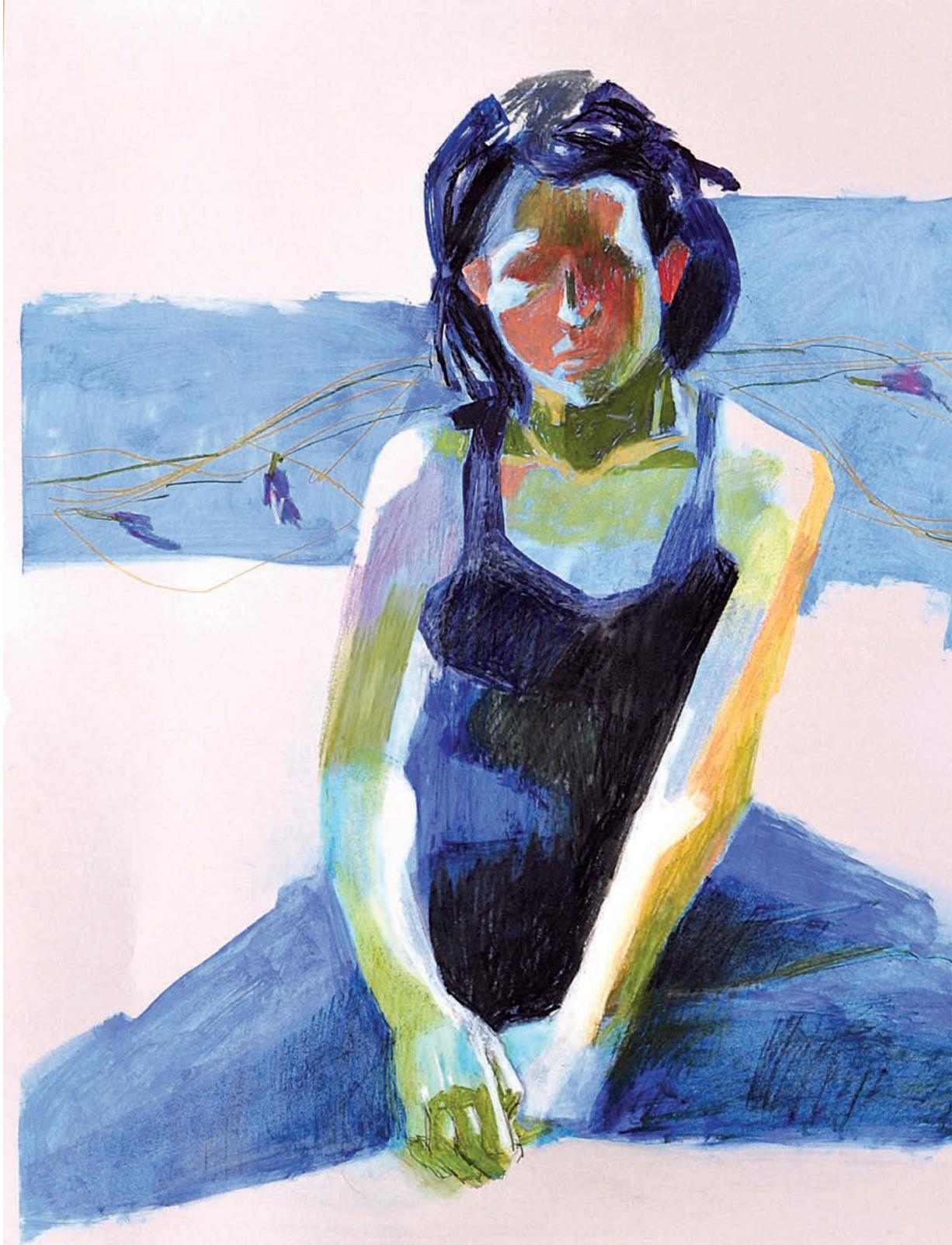
—¡Todo lo contrario, amor mío! —replicó Próspero—. Tú fuiste el pequeño querubín que me dio el coraje necesario para resistir. Tu sonrisa inocente me insufló la fuerza para enfrentar tantas desventuras. El alimento nos alcanzó hasta que llegamos a esta isla desierta, y desde entonces mi mayor dicha ha sido darte una educación, Miranda mía, y comprobar lo bien que la has aprovechado.

—Que el cielo te bendiga, padre —dijo Miranda—. Pero, ahora, te ruego que me digas por qué razón levantaste esa tormenta.

—Porque ella arrojará a mis enemigos, el Rey de Nápoles y mi cruel hermano, a las orillas de la isla —respondió.

Y tras decir esto, Próspero rozó suavemente la frente de Miranda con su







varita mágica y ella cayó en un sueño profundo. Ariel se había aparecido ante su amo para darle cuenta de la tempestad y de cómo había dispuesto de los naufragos y, aunque los espíritus eran invisibles para Miranda, Próspero quería evitar que ella pensara que hablaba solo. Antes de volverse a Ariel, contempló por un momento a su hija dormida, en toda su candidez y belleza. “Humanos somos”, pensó, “pero estamos hechos de la materia de los sueños”.

—¡Bravo, mi gentil diablillo! —dijo a continuación a Ariel—. Cuéntame, pues, cómo fue que llevaste a cabo tu misión.

Ariel trazó una vívida descripción de la tormenta, del terror de los marineros, y de cómo el hijo del rey, Fernando, fue el primero en saltar al mar, lo que llevó a creer a su padre que las olas habían devorado a su amado heredero.

—Pero se encuentra a salvo —dijo Ariel—. Está en un rincón de la isla, cubriéndose el rostro con las manos y lamentando amargamente la muerte del rey, su padre, a quien supone ahogado. Ni un pelo de su cabeza ha sido dañado, y sus principescas ropas, aunque empapadas por las aguas, lucen más radiantes que nunca.

—¡Oh, mi esmerado Ariel! —dijo Próspero—. Tráelo hasta aquí. Mi hija debe conocer al joven príncipe. ¿Y dónde están el rey y mi hermano?

—Los dejé mientras buscaban a Fernando —respondió Ariel—, a quien tienen escasas esperanzas de hallar pues lo creen muerto. El resto de la tripulación también está entera, pero dispersa en la isla: cada uno de ellos cree ser el único sobreviviente. Y la nave, aunque no puedan verla, está intacta en el puerto.

—Ariel —dijo Próspero—, has cumplido con tu misión pero aún queda más trabajo por hacer.

—¿Más trabajo? —protestó Ariel—. Déjeme recordarle, amo, que usted me prometió la libertad. No lo olvide, se lo suplico. He sido su más fiel servidor, nunca le mentí, nunca cometí errores, me puse siempre a sus órdenes sin rezongar por lo bajo.

—¿Pero qué dices? —contestó Próspero—. Me parece que no tienes noción

del tormento del cual te he liberado. ¿Acaso te olvidaste de la malvada Sycorax, a quien la edad y la envidia habían doblado en dos? ¿Sabes dónde nació ella? Vamos, dímelo.

—En Argelia, señor —dijo Ariel.

—Por cierto —dijo Próspero—. Y deberías saber lo que, según parece, no recuerdas. Ningún oído humano podría soportar en detalle el relato de las malas artes de esa horrenda bruja. A ella la expulsaron de Argelia y unos marineros la abandonaron en esta isla. Como tú eras un geniecillo bueno, y te negaste a cumplir sus órdenes malvadas, te encerró en el interior de un árbol, donde yo te encontré gritando. Ése fue el tormento del que te liberé, ¿no lo recuerdas?

—Perdóneme, señor —dijo Ariel, avergonzado por parecer ingrato—. Obedeceré sus órdenes.

—Si así lo haces, y sólo durante poco tiempo más —agregó Próspero—, te dejaré libre por completo.

Próspero le ordenó entonces que fuera en busca de Fernando, a quien encontró tal como había dejado, sentado en la hierba y con la misma expresión dolorosa y melancólica.

—¡Oh, noble caballero! —dijo Ariel al verlo—. Vayámonos de aquí, la bella Miranda debe conocerte. ¡Sígueme!

Y empezó a cantar:

*Tu padre en el fondo del mar
Dos perlas tiene por ojos
Sus huesos son de coral
y nobles son sus despojos.*

*Por él vendrán las ondinas
que sanan cualquier herida:*



*y así, con manos muy finas,
harán de su muerte vida.*

Tan extrañas noticias sobre su padre, dichas por un ser invisible, alejaron al príncipe del estado en que había caído. Asombrado, siguió el sonido de la voz de Ariel que lo condujo hasta Próspero y Miranda, a quienes vio a la sombra de un elevado árbol. Como ya se dijo, nunca en su vida Miranda había visto un hombre, con excepción de su padre.

—Miranda —dijo Próspero—, ¿qué ves allá a lo lejos?

—Oh, padre —respondió ella, con la voz agitada—. Ha de ser un espíritu. ¡Cómo mira hacia todas partes! Créeme, padre mío, es una criatura muy hermosa. ¿Es un espíritu?

—No, hija —respondió Próspero—. Ese joven que estás viendo come, duerme y siente como nosotros. También él iba en la nave. Y si el dolor no hubiera trastornado tanto sus rasgos apreciarías mejor su apostura. Ha perdido a sus compañeros y desespera por reencontrarlos.

Miranda, que pensaba que todos los hombres tenían rostros graves y barbas grises como la de su padre, estaba maravillada con la apariencia del joven príncipe, y Fernando, al descubrir una joven tan hermosa en ese lugar inhóspito, aunque cuyos extraños sonidos ya empezaban a augurarle maravillas, creyó que había llegado a una isla encantada en la que Miranda era la diosa. Así se dirigió a ella. Tímida-mente, ella le respondió que no era una diosa sino una simple muchacha, pero cuando se disponía a hablarle de su vida Próspero la interrumpió.

Al viejo mago mucho le agradó comprobar la atracción recíproca que había nacido entre ambos jóvenes, quienes experimentaron, como suele decirse, amor a primera vista, pero para probar la lealtad de Fernando resolvió someterlo a algunas pruebas. De esa forma, y dando un paso adelante, se dirigió al príncipe con aire se-

vero, acusándolo de haber llegado allí como espía, y con el propósito de arrebatarse lo que era suyo.

—Sígueme —le dijo—. Te ataré los pies al cuello. Sólo podrás beber agua de mar, y tus únicos alimentos serán raíces marchitas, jugos de caracolas y cáscaras de bellotas.

—¡No! —exclamó Fernando, extrayendo su espada—. ¡Sólo de un enemigo más poderoso que tú soportaría semejante trato!

Pero Próspero, con un pase de su varita mágica, lo fijó al punto donde estaba parado, impidiéndole realizar movimiento alguno. Miranda se arrojó sobre su padre y le dijo:

—¿Por qué eres tan duro? ¡Ten piedad, padre! Yo seré su garante. Éste es el segundo hombre que veo en mi vida y me parece honesto.

—¡Silencio! —dijo Próspero—. Si dices una sola palabra más me obligarás a reprenderte, hija mía. ¿Qué pretendes? ¿Convertirte en la defensora de un impostor? Hay muchos otros hombres parecidos a él en el mundo, y tú sólo los has conocido a él y a Calibán. Es más, niña atolondrada, la mayoría de los hombres lo supera, incluyendo a Calibán.

Así habló Próspero para probar la fidelidad de Miranda, y ella respondió:

—Mis sentimientos son humildes, padre. No me interesa conocer más hombres apuestos, lo quiero a él.

—Vamos, jovencito —dijo Próspero a Fernando—. Tú no estás en condiciones de desobedecerme.

—Por cierto, no lo he hecho —respondió el príncipe. Y sin saber que era la magia lo que lo privaba de toda capacidad de resistencia, siguió dócilmente a Próspero, asombrado por su propia sumisión. Fernando volvió una y otra vez su mirada para contemplar a Miranda hasta donde le fue posible, y luego marchó detrás del viejo mago hasta la cueva.

—Mi voluntad, como en un sueño, está encadenada —pensó Fernando—. Pero ni las amenazas de este hombre, ni la debilidad que se apodera de mí tendrán mayor importancia si, desde mi prisión, fuera capaz de ver a esa muchacha al menos una vez al día.

Próspero no mantuvo encarcelado por demasiado tiempo a Fernando. Al liberarlo, le encomendó una dura tarea en voz muy alta, para que su hija lo oyera. Entonces, fingiendo que se encerraba en su estudio, se puso a espiarlos. La orden había sido que apilara leños pesados, trabajo en que los hijos de los reyes no tienen mayor práctica. Miranda temió que su amado príncipe muriera de cansancio.

—¡Ay! —exclamaba ella—. ¡Detente! Mi padre pasará las próximas tres horas encerrado en su estudio y no te verá, descansa un poco, por favor.

—¡Oh, señora mía! —dijo Fernando—. No puedo, debo terminar mi tarea antes de descansar.

—Siéntate un momento —siguió Miranda—, te ayudaré con algunos leños.

Pero eso era algo que Fernando jamás aceptaría. Y así, antes que una ayuda, Miranda se convirtió en un obstáculo, ya que se pusieron a conversar largamente y el trabajo avanzó con excesiva lentitud. Próspero, que le había ordenado esa tarea sólo como prueba de su amor, no leía sus libros, como suponía su hija, sino que oculto a los ojos de ambos escuchaba con atención lo que conversaban. Fernando le preguntó su nombre, y ella se lo reveló al instante, contra la voluntad de su padre, quien le había ordenado que no lo hiciera. Sin embargo, ese gesto de desobediencia de Miranda sólo provocó una sonrisa en Próspero. Era lógico que, después de inducirla mediante sus artes mágicas a que se enamorara a primera vista del príncipe, olvidara sus órdenes para expresar su amor. Eso no podía enfadarlo. Y fue con mucha satisfacción que oyó un extenso discurso de Fernando, en el que declaró que su amor por ella era superior al que sintió por cualquier otra joven que hubiese conocido en su vida.

—Ninguna otra mujer en el mundo puede compararse contigo —dijo Fernando, pero Miranda respondió:

—No recuerdo el rostro de ninguna otra mujer, así como nunca he visto más hombres que a ti, amigo mío, y a mi querido padre. No sé cómo son las personas fuera de esta isla pero créeme, señor mío, que no deseo otro esposo en el mundo más que tú, ni mi imaginación puede forjar otra forma que me agrade más que la tuya. Aunque me temo que al hablarte con tanta libertad desobedezco las órdenes de mi padre.

Próspero volvió a sonreír en su refugio, y sacudió la cabeza:

“Esto marcha exactamente como me lo propuse”, pensó. “Mi hija será la reina de Nápoles”.

Entonces Fernando, en otra larga y delicada perorata (porque los príncipes jóvenes hablan extensamente, y de manera cortés), le contó a Miranda que él era el heredero de la corona de Nápoles, y que ella se convertiría en la reina.

—¡Ah, señor mío! —dijo ella—. ¡Qué tonta soy al llorar por lo que me hace tan feliz! Te responderé con total y sagrada inocencia. Si es tu deseo casarte conmigo, seré tu esposa.

Antes de que Fernando pudiera responder, Próspero se apareció ante ellos.

—Nada temas, hija mía —dijo—. He oído todo, y apruebo lo que dices. Y tú, Fernando, si te he tratado muy severamente, te lo compensaré con creces dándote a mi hija en matrimonio. Las pruebas a las que te sometí fueron para que demostraras tu amor, y has pasado el examen con nobleza. Mi hija es mi ofrenda a tu amor verdadero; tómala, y no creas que exagero si te digo que ella excede cualquier alabanza.

Entonces, tras informarles que debía atender ciertos asuntos, les pidió que permanecieran allí, conversando hasta que regresara, una orden que esta vez Miranda se mostró muy dispuesta a obedecer.

Después de abandonar el lugar llamó a Ariel, el espíritu gentil, quien ve-
lozmente acudió ante su amo para relatarle lo que había hecho con su hermano
Antonio y con el rey de Nápoles.

Ariel le contó que los había dejado temblando de miedo a causa de los ex-
traños infortunios a los que los había sometido. Después de deambular largo tiem-
po por la isla, agobiados por el cansancio y el hambre, había hecho aparecer ante
ellos un succulento banquete. Sin embargo, cuando se arrojaban para devorarlo, se
materializó ante sus ojos con la forma de un horrible y voraz monstruo alado, que
hizo desaparecer el festín. A continuación, para su mayor estupor, el monstruo les
recordó la crueldad que habían demostrado hacia Próspero, cuando le arrebataron
su ducado y lo abandonaron junto a su pequeña hija para que murieran en el mar.
El terror que ahora sufrían, agregó, era el castigo por aquellos actos. El rey de Ná-
poles y Antonio exclamaron que se arrepentían de las injusticias a las que habían
sometido a Próspero. Por último, Ariel dijo a su amo que creía que ese arrepenti-
miento era sincero, y que él, aunque fuera un espíritu, se apiadaba de ellos.

—Entonces tráelos aquí —dijo Próspero—. Si tú, un geniecillo, te apiadas
de su sufrimiento, ¿cómo no habría de sentir compasión también yo, que soy hu-
mano como ellos? Tráelos aquí rápido, mi gentil Ariel.

No tardó Ariel en regresar con el rey, Antonio y el viejo Gonzalo, que los
había seguido, extrañados por esa música salvaje que sonaba en el aire mientras
el espíritu los conducía ante su amo. Gonzalo era el cortesano que tan generosa-
mente había provisto a Próspero de alimentos y libros cuando su cruel hermano lo
abandonó a una muerte segura en el mar. El terror y el dolor habían entumecido
tanto los sentidos de los tres náufragos que no reconocieron a Próspero.

Dando un paso adelante, él se dio a conocer al viejo Gonzalo, a quien llamó
el “salvador de mi vida”. Fue entonces cuando su hermano y el rey supieron quién
era. Antonio, llorando copiosamente y murmurando palabras de dolor y arrepenti-

miento, le imploró a Próspero clemencia, y el rey expresó su sincero arrepentimiento por haber asistido a Antonio en su maléfico plan. Entonces, después de que ambos se comprometieran a restituirle el ducado, Próspero los perdonó, y dijo al rey:

—También tengo un presente para ti —y abriendo una puerta le mostró a su hijo Fernando, que jugaba al ajedrez con Miranda. Ninguna dicha podía ser mayor que ese inesperado reencuentro entre padre e hijo, ya que cada uno creía que el otro había muerto en la tempestad.

—¡Oh, milagro! —exclamó Miranda—. ¡Qué criaturas tan nobles! Por cierto, el mundo ha de ser un sitio muy feliz si todos quienes allí viven se les parecen.

La belleza y la gracia de la joven Miranda maravillaron tanto al rey de Nápoles como lo habían hecho con Fernando.

—¿Quién es esta joven? —preguntó—. Parece la diosa que, después de separarnos, nos vuelve a unir.

—No, padre —respondió Fernando, sonriente al comprobar que el rey había caído en el mismo error que él cuando vio por vez primera a Miranda—. Es una mortal, pero gracias a la inmortal Providencia ahora es mía. La elegí cuando no podía pedir tu consentimiento, padre mío, ya que te creía muerto. Ella es la hija de Próspero, el duque de Milán de cuya fama tanto he oído hablar, aunque nunca lo había visto hasta ahora. De él recibí una nueva vida: al concederme en matrimonio a su hermosa hija se ha convertido en un segundo padre para mí.

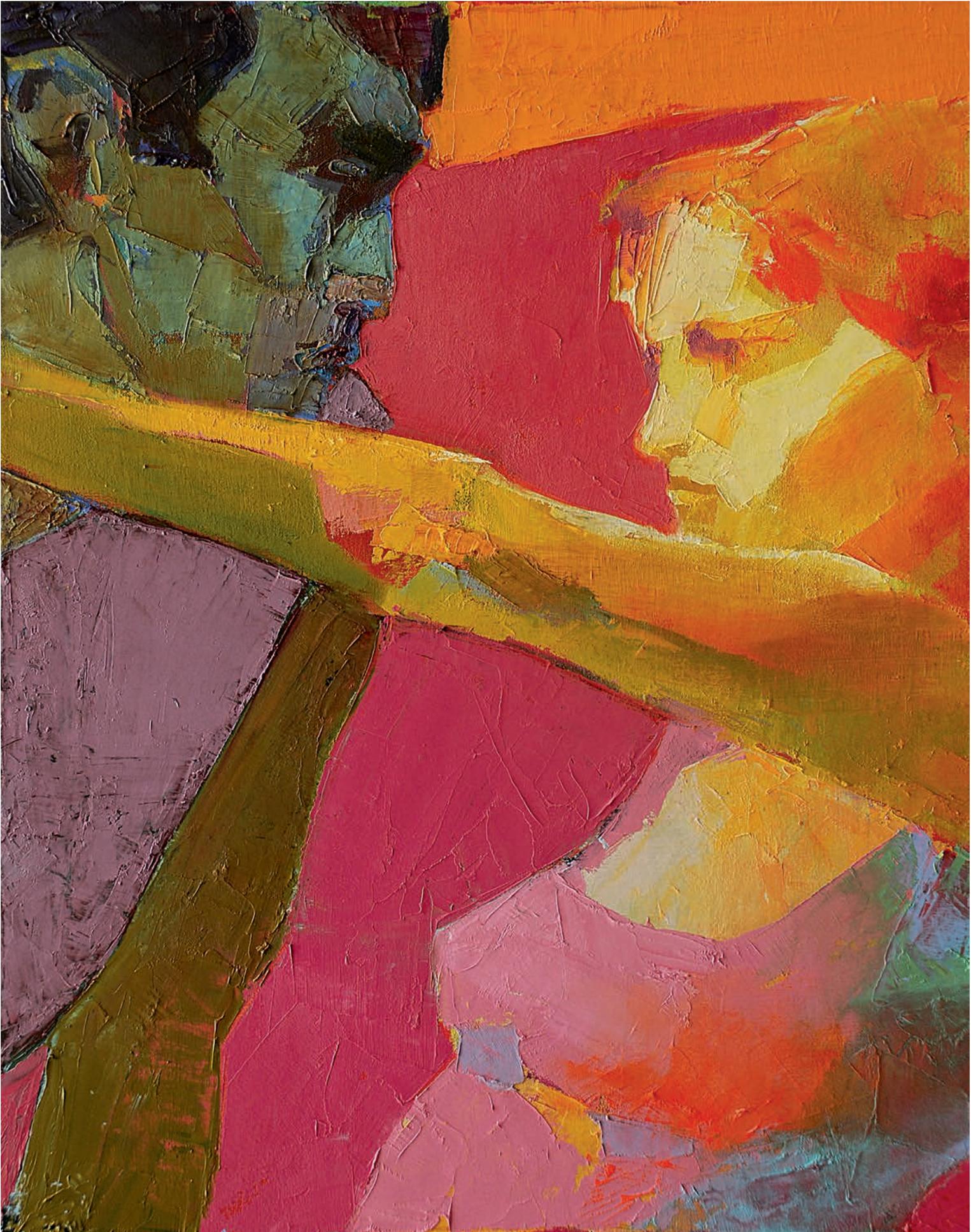
—Seré entonces también yo otro padre para ella —dijo el rey—. Pero, ¡ay! ¡Qué extraño ha de sonar cuando le implore perdón a mi hija por lo ocurrido!

—No se hable más de eso —interrumpió Próspero—. No recordemos las penurias del pasado, que con tanta felicidad han concluido.

A continuación abrazó a su hermano, y después de asegurarle que también lo perdonaba le dijo:

—Una sabia y poderosa Providencia me expulsó de mi pobre ducado en





Milán para que mi hija heredara la corona de Nápoles, porque sin este encuentro en la isla jamás el hijo del rey se habría enamorado de Miranda.

Así habló Próspero para consolar a su hermano, lo cual llenó a Antonio de vergüenza y remordimiento: tantas eran sus lágrimas que era incapaz de hablar. El bondadoso Gonzalo también lloró al contemplar la feliz reconciliación, y pidió bendiciones para la joven pareja. Próspero dijo entonces que la nave estaba a salvo en el puerto, al igual que todos los marineros, y que él y su hija los acompañarían de regreso a casa por mañana.

—Mientras tanto —agregó—, podrán compartir los alimentos que almaceño en mi pobre cueva, y para entretenerlos les relataré la historia de mi vida desde que puse por primera vez un pie en esta isla.

Llamó entonces a Calibán y le ordenó que preparara la comida y pusiera la cueva en orden. Al verlo, todos quedaron espantados por la apariencia horrible y salvaje de ese monstruo que era, según les informó Próspero, su único sirviente.

Por último, antes de disponerse a abandonar la isla, liberó a Ariel de sus servicios, para gran regocijo del gentil espíritu que, a pesar de haber sido su fiel servidor, siempre deseó la libertad y volar incontrolablemente como un pájaro salvaje por los aires, bajo los árboles, entre los frutos maduros y las flores aromáticas.

—Mi querido Ariel —dijo Próspero al pequeño espíritu a quien acababa de dejar libre—. Te echaré mucho de menos pero al fin tendrás tu libertad.

—Gracias, señor mío —dijo Ariel—, pero permítame que, antes de despedirnos, yo haga soplar vientos amables para que regrese seguro a casa. Sólo entonces, amo mío, seré completamente libre, y viviré feliz.

Y entonces Ariel cantó esta bella canción:

*Donde liba la abeja
también libo yo.*



*Y de la campanilla
elijo su corazón.
Con el búho chucheo,
sobre el murciélago vuelo.
En eterno verano
viviré, viviré,
y con los capullos
por siempre brotaré.*

Próspero, decidido a no volver a hacer uso de las artes ocultas, enterró en lo profundo de la tierra sus libros de magia y su varita. Y habiendo derrotado a sus enemigos, y habiéndose reconciliado con su hermano y el rey, no le quedaba otra cosa para completar su felicidad que regresar a su tierra natal, donde volvería a tomar posesión de su ducado y asistiría a las jubilosas bodas de su hija con el príncipe Fernando, ceremonia que el rey ordenó se celebrara de inmediato, y con gran pompa, apenas volvieran.

Y así, con la ayuda del gentil Ariel que los condujo con serenos vientos a lo largo de un viaje agradable, no tardaron en llegar a las costas de Nápoles.



